

1953-1979

AUGUSTO ARIAS R.

EN
ELOGIO
DE
AMBATO

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº 7546	AÑO 1991
PRECIO	DONACION

0002981 - J.

QUITO
MCMXXVI



Augusto Arias R.

1903 - 1974

11616 (1868)

11616

DEL MISMO AUTOR:

Del Sentir
Poemas Intimos

PROXIMAMENTE:

El Corazón de Eva (poemas)
El Sayal de los Poetas (drama lírico)
La Mirada (crónicas)
Cuentos Propios
Gabriela Mistral

Nuestro Homenaje

La Casa de la Cultura Ecuatoriana inspirada en una hermosa filosofía, tiende, fundamentalmente, a la difusión de la cultura a través de todos los medios que lleguen a los distintos estratos sociales para enraizarse en la conciencia multitudinaria, y como medio edificante y trascendental, debe ir hacia el conocimiento del valor de los grandes hombres y al análisis de sus obras que han influido en la educación del pueblo ecuatoriano.

Por ello, en esta vez, el Núcleo de Tungurahua, de la Casa de la Cultura quiere rendir un fervoroso y emocionado homenaje a uno de los más grandes valores nacionales de las últimas décadas: el atildado escritor Don Augusto Arias Robalino, ligado tan íntimamente a la historia nacional a través de esa fuente inagotable y tan bella, la Literatura.

Augusto Arias, si no nació en nuestra tierra ambateña, estuvo junto a ella ligado con los lazos sanguíneos, —fue el lar de sus padres—, y porque siempre en su emoción de poeta y literato sintió el efluvio generoso y cálido de su Río, de su rumor cadencioso y cantarino, de su Flor y de su Fruto; porque siempre pensó en el talento de sus hombres y en la belleza de sus mujeres; y porque sin haber nacido —materialmente— ya lo dijimos, en la bella tierra de la “guaitambía” se sintió, ambateño, y Ambato, amorosamente, le ha contado, por mil títulos, como genuino ambateño.

Cuatro décadas de intensa y profícua labor, y en la cual pusiera su relevante talento, su pasión de hombre convencido, su lealtad para consigo mismo. Hombre en la cabalidad del vocablo, porque amó a la tierra, creyó íntimamente en la generosidad y en el valor de los hombres, porque se entregó por entero en la corriente abundante de las causas porque permanentemente fue noble y amigo, que nunca anidó en su corazón y espíritu ningún egoísmo.

En su vida literaria fue delicado poeta; crítico profundo y precoz, en cuyos juicios siempre puso el estilete del análisis y la observación oportuna; ensayista con un criterio sereno y elevado a través del libro y la revista; periodista ágil y de envergadura, colaborando en los principales Diarios de la República, especialmente en ese gran rotativo capitalino “El Comercio”. Su obra literaria es extensa, fecunda y trascendental y ella queda como algo

eterno e invariable, para las generaciones del presente y del porvenir; y, por encima de todo esto, que ya es mucho, fue un hombre "todo sencillez y bondad".

Ha muerto Augusto Arias, pero no han desaparecido ni su pensamiento, ni su recuerdo. Antes bien, el Núcleo de Tungurahua de la Casa de la Cultura, anhela cumplir la función social a ella encomendada, al reeditar una de sus más hermosas y apasionantes obras titulada "EN ELOGIO DE AMBATO", agotada totalmente, y es nuestro sincero y vivificante anhelo: rendir un emocionado homenaje póstumo a quien cantó con amor y pasión a la tierra de sus mayores y a quien ella admira y recuerda; rendir, una vez más, pleitesía a Ambato, nuestro hermoso solar, tierra bravia y creadora, tierra rebelde y edificante, sintiendo que emerge de su seno el grito telúrico, y el mejor "elogio" para ella, con la pluma maestra y atildada de Augusto Arias. La Ciudad se siente orgullosa.

EL SUBDIRECTOR

En elogio del solar de mis padres,

estas páginas de cariño.

A. A. R.



EN ELOGIO

DE AMBATO

CRONICAS AMBATEÑAS

El Alma del Paisaje

Cuando "el camarada que partió de la tierra natal", regresa de lejos, encuentra que los viejos lugares que se reflejaron con un color íntimo en sus pupilas, casi han desaparecido. Que a la casa de infancia, al hogar de sus padres, sustituye ahora una extraña vivienda, con el ornamento que le dieron los nuevos dueños, con la belleza actual que parece ocultar obstinadamente la vida de ayer, ya ajena y desligada. En el retorno del viajero, por fuerza ha de recorrer el lugar campestre que frecuentó en otro tiempo. Ya no estará ahí el kiosco de la sombra añorada, en cuyas paredes de ciprés se posó la primera mariposa de la inquietud inicial. El banco rústico que le ofreció descanso y fue testigo de la plática ingenua con la amiga infantil, tampoco estará allí. Habrá una fuente moderna que copió imágenes distintas para olvidarlas brevemente en su espejo móvil y que no podrá responder a la pregunta que viene de lejos en el labio vehemente y en la pupila anhelosa. Pero en un tronco viejo se verán las cicatrices de otra edad, el cielo será igual e idéntico el aroma de los azahares que vienen de la misma raíz... La marcha del tiempo podrá transformar los sitios

amados pero algo tendrá que perdurar, latiendo en la luz de sus cielos, vagando en la soledad de sus avenidas: el alma del paisaje.

El hijo de Ambato que volvió de luengas andanzas, habrá de encontrarlo siempre que transite por sus calles amplias o llegue a la plaza de la feria, multicolor enjambre en donde vibra el espíritu de la ciudad trabajadora y alegre. Habrá de hallarlo en su nítida frescura primitiva cuando vaya de paseo por las pintorescas quintas de Miraflores y se regale con el banquete de sus frutas, sobre el mantel natural de la grama.

Su río, estará como ayer, tendiendo una larga cinta plateada, e incommovible, su centinela de granito, el Tungurahua, prolongará las barbas de Dios en sus nieves argentadas. El viento audaz que arrastra la hojarasca de sus huertas, será el mismo que hace el otoño fugitivo de ese paisaje en el que la claridad del día se prolonga hasta el momento en que empiezan a nacer los primeros luceros y en donde la amanecida es pronta, tibia y rosada.

El mismo oxígeno embalsamado le envolverá en ondas de perfume y la voz de ese campanil que llamaba a los fieles tendrá la misma voz argentina y animadora de esa mañana tan remota...

...Veredas que nos verán volver, arbolados inmensos del alma del paisaje, azahares en flor que ya conocimos, ventana que se abre en la tarde... Mesa puesta para la cena familiar, a la que ya nos sentamos otro tiempo, como en el ágape pascual... ¿Cuándo?

La Reina de los Cármenes

La reina de los cármenes es la mujer ambateña. La Arcadia siempre florecida, abierta en innúmeras huertas que ofrecen la seda encendida del clavel o el terciopelo matizado del pensamiento, junto al corazón humilde de la fresa o al coral enracimado del capulí, presta un marco policromo a la mujer risueña y discreta, que es un compendio, el más perfecto, de la casi ininterrumpida primavera del Tungurahua. La ancestral herencia de sus mayores, acendró en el clima de la dama ambateña un riquísimo tesoro de virtud. La vida remansada, sin el urgente convencionalismo que impone cierta civilización, las horas llenas de veracidad pasadas en la gran familia de la provincia, han impreso en su manera la sinceridad que se dá en la franca dádiva de una sonrisa. Su corazón virgen henchido de la natural poesía de la bondad de las cosas, es fresco y rítmico, como un poema de Tagore. En él no ha penetrado el isocronismo de las cortes, ni la vehemencia de vivir a prisa que quieren importar las

extrañas corrientes modernas. Es la señora castellana, un poquillo romántica, que aún suspira por la voz confidencial del clave y quiere guardar en el cáliz de una rosa seca, ya desteñida, el recuerdo precioso de algún instante cordial, casi infantil, alentado por un profundo sentimiento de espíritu. El vértigo de este siglo de shimy y de victrolas baratas, no ha rozado su frente que puede acariciar un sueño sereno, con algún perfume de égloga. Más, la alegría cierta que palpita en la gracia de la reina de los Cármenes, se distiende en los salones de la Arcadia, como una estela de cortesía amable que alienta en las veladas íntimas y deja en la evocación una claridad reconfortadora y perdurable. Mujer de hogar, la reina de los cármenes, tiene un gesto acogedor que en ella es habitual, sin cumplimiento diplomático que es etiqueta de protocolos y sin zalema almibarada. Gesto sencillo de hospedaje y humana reverencia que suaviza la hora del peregrino y hace dulce la estancia del familiar, vertiendo en las arideces de su dolor o en la inconformidad de sus anhelos, el licor sedante de su ternura severa de madre, de su compasivo amor de hermanita, de su cariño intacto de novia... Guardadora de antiguas devociones, en su conciencia se ha afirmado la raíz consecuente y noble de la casa que conservó, sin la profanación de absurdas liberalidades, la tradición de su gentil recato, de su moralidad católica sin extremos fanatistas, de su cariño hacia el hogar fortalecido por la savia del honor e iluminado por una lámpara votiva: el amor de verdad.

Para el espíritu sobrio, cultivado, pulido, es la maravilla del rostro, la intachable perfección física. Allí los ojos que brillan con la sedosa luz del terciopelo o acarician con el color azul de un cielo tranquilo, de mañana, sin mácula. Allí la boca diminuta, fresca, con la púrpura de la sangre propia; allí las mejillas arreboladas con tono de rosa, sobre la albura de lirio de la piel suavísima. Allí la mejestad de la frente enmarcada por el casco de oro de la cabellera rubia o sombreada por el matiz azulenco de la greña oscura. Allí, en la frente alta, combada, el pensamiento de vuelo rectilíneo, puro en su marcha, franco en su ascensión, sin zigzacs oscuros, sin vueltas de mariposa. Allí, en la boca perfecta, la palabra amable, ingeniosa sin paradojas, efusiva sin afectaciones. Allí, emisarias del corazón, las manos afectuosas, perfumadas de la intimidad lugareña de las flores, musicales de la continua amistad de los pianos parleros, místicas de la santidad del rosario, fructuosas de la labor hogareña y que traen para el dolor sangrante la venda segura o para el martirio incruento el bálsamo inconsútil de su consolación de ala y de nardo cincopétalo... Las veredas florecidas no le dan el acicate de la marcha impulsiva, desbordada. Su andar tiene el reposo de la jornada emprendida sin violencia, lento y firme, sin inquietud, sin prisa.

En la marcha rítmica del paseo, la reina de los cármenes, sugiere la calma grata al ensueño lento y como mecido. En la hora santa de la oración ella es adorable complemento de la austeridad que se

eleva en el alma nívea de los cirios, odora en los jazmines del altar y alumbra en sus pupilas de suplicante, de meditativa.

...Hasta el más obstinado sueño errátil, tuvo que detenerse, maravillado, en esa tierra de las mujeres incomparables, en la que hasta el pan sabroso, hecho de harina candeal, habla como en un simbólico padrenuestro de la confianza de vivir y la sangre ácida de las uvas maduras pone una cuerda embriaguez en el corazón...



Ambato en la Independencia

Ambato debía añadir un laurel más a la guirnalda de la independencia y no es raro que de esta cuna de escritores egregios haya surgido una estirpe de próceres que rompieron la alborada libertaria con diestra audaz y contemplaron la claridad independiente con mirada certera. La posteridad que graba sus nombres en el frontispicio de la Historia, concede sitio inminente a los patriotas ambateños que hicieron de la histórica villa un baluarte de la conquista patria, y secundando el movimiento quiteño de 1809, prolongaron la claridad definitiva de 1820, que vibró en las dianas de Guayaquil.

* * *

Dado en Quito el primer grito de independencia, le cupo a un ambateño la fortuna de integrar la Junta de Gobierno de 1809 y este fue el doctor **Ambrosio Vásquez**, fervoroso patriota que se había alimentado en las fuentes de los filósofos franceses, como su conterráneo **Luis Mena**, eclesiástico que

perteneció a la **Escuela de Concordia**, en cuyo seno germinaba la revolución independiente y a quien hace figurar Espejo entre los personajes de "El Nuevo Luciano".

* * *

En la acción del 10 de Agosto de 1809, el ambateño don **Mariano Castillo**, figura casi de leyenda, asumió una de las más brillantes actitudes. Entre ese puñado de revolucionarios que hacían surgir el sueño de la patria libre, iluso al parecer, el gesto de este prócer se hiergue magnífico entre el grupo de los conjurados que desde la casa de la singular **Manuela Cañizares** desconocieron el Gobierno de España, por autocrático e ilegal e hicieron portador al valeroso don Antonio Ante de la orden de prisión que había de acabar con el poder del Presidente de la Real Audiencia de Quito. Don Mariano Castillo, que por extraña predestinación hizo flamear el estandarte de Ambato en la hora inolvidable del 10 de Agosto de 1809, salvó de los asesinatos del 2 de Agosto de 1810, fecha nefasta, teñida con la sangre del martirio que hizo afianzar con obstinado ímpetu el anhelo que se tornó relámpago bélico en cien combates de epopeya, para concretarse más tarde en la realidad de la República autónoma. Cuando Jerez, Landaburo, Pereira, Silva, Rodríguez, Mideros, Albán y tantos otros quiteños temerarios y audaces, rindieron a la guardia del "Real de Lima" para dar libertad a los patriotas prisioneros. Castillo fué herido y fingiéndose muerto, con una forta-

leza espartana digna de la música homérica, soportó diez puntazos de bayoneta que no le arrancaron ni un quejido, para fugarse a la madrugada del Templo de San Agustín, donde se velaba su cuerpo al que cubrió en ese día memorable con mallas inexpugnables la diestra de la patria nueva a la que él diera forma y espíritu con su devoción incansable.

No hay precedentes en la actitud que se creyera mítica de este ilustre ambateño. Su indolencia ante el acero español que escrutaba la verdad de la muerte con golpes insistentes; su majestuosa serenidad su apariencia de inánime entre la cadaverina hacinada y gélida; el latido ahogado, casi suprimido de su corazón acosado por la inminencia del peligro, revelan un extraordinario temple de alma, cuando no nos hacen pensar en la evidencia de un milagro... Un grito, una fuerte respiración, le delataban... y del sarcófago enlutado como un símbolo vivo de la eternidad de la patria recién nacida, se levantó para atizar la antorcha que pondría en los senderos futuros un amplio surco luminoso...

* * *

Ambato que ha dado ejemplos de su virilidad, no pudo desoír el clamor que desde la altiplanicie de la muy leal San Francisco de Quito, anunció el día de la América Libre y el 27 de Agosto de 1809, los hombres más connotados de la villa de San Juan de Ambato, reunidos en la Iglesia Matriz, suscribieron el acta de adhesión a la Junta Suprema de Qui-

to, áurea reliquia puesta en el ara de la libertad por aquellos que “se conformaban con los principios que se habían adoptado en la muy noble y muy leal Ciudad y Corte de Quito para la creación de una Suprema Junta Gubernativa”, Todos los grupos sociales tuvieron su representación en aquel acto y es así como entre otros valerosos patricios, don **Juan Manuel Vásconez** que en septiembre fué elegido Presidente de la Junta Patriótica organizada por el movimiento de 1809, suscribió la adhesión ambateña, de Agosto en nombre del pueblo y don **Manuel Pérez de Anda**, en representación del comercio.

* * *

En el combate de Mocha, fatal para las fuerzas revolucionarias, los ambateños **Alejandro, Joaquín y Bernabé Lalama** y **José Hervás**, resistieron la acometida de las fuerzas realistas del General Toribio Montes, en la madrugada del 2 de setiembre de 1812, y después de una derrota desigual, don **Tomás Sevilla**, en unión de sus compañeros, los próceres Lalama, se refugió en la Iglesia parroquial y protegido por las sombras de la noche realizó la hazaña de apoderarse de las caballerías españolas, desafiando el peligro con audacia nunca vista.

Este momento de la independencia, se anima con la olímpica presencia del octogenario **Joaquín Hervás** que salió al encuentro de las tropas realistas que ocupaban la plaza de Mocha y al grito de “¡Viva la Patria!” disparó su escopeta de dos cañones contra el Estado Mayor de Montes, para caer en el

momento fulminado por las descargas españolas. "Este héroe, fidelísima creación del poeta Homero, cayó acribillado por cien balas; pero su inaudito arrojo y la majestad de su sacrificio fueron, para los realistas vencedores, vivo ejemplo de la firme convicción y del temerario valor de la gente ecuatoriana, tan semejante en el obrar a la de Bailén, Badajoz y Zaragoza", dice Víctor Hugo Escala, en uno de sus "Medallones", consagrado a esculpir la figura de este anciano cuyo cuerpo de valetudinario se reanima de repente y encarnando en sí el coraje de toda una patria quiere vengar la sangre de martirio de 1810... Descabellada actitud que toca a los linderos de lo sublime y fija, como en un relieve imperecedero, el contorno del anciano patriota, que encendió con el impulso de su virilidad nativa el fegonazo de la escopeta primitiva y belicosa,.....

* * *

En el combate de Huachi terciaron valerosos milites del Tungurahua como **José Bahamonde** que fue asesinado por los soldados realistas, el coronel **Francisco Flor**, **Manuel Pérez de Anda** y **Tomás Viteri** quienes acompañaron al Mariscal de Ayacucho en esa jornada trágica, después de cuyo desastre, perdido en senderos inexplorados, Sucre se dejó conducir por el labriego ambateño **Espín** a quien quizo complacer después de la victoria de Pichincha con un premio elegido por su arbitrio, nombrándole Mayordomo del Pedregal.

* * *

En la acción del 9 de Octubre de 1820 que liberando a Guayaquil del Coloniaje encendió nuevas llamas bélicas, tuvo inmediata participación don Vicente Flor que venía trabajando por la causa de la independencia que le contó entre los suyos en la conspiración de 1818.

* * *

El 12 de Noviembre de 1820 Ambato proclama su independencia, rinde el cuartel español y ofrece su tradicional brío a la vanguardia de los libertadores. Los Egúez, los Flor, los Suárez, los Bascónes, los Lalama, los Martínez y más hijos del solar que custodia el Tungurahua, coronaron la obra de nuestra emancipación, prolongando en un eco imperecedero el grito definitivo del 9 de Octubre que había encontrado repercusión en la ciudad de Cuenca, el memorable 3 de Noviembre del mismo año.

Estos ilustres ambateños, en Juntas Secretas, se reunían para apoyar la empresa cuyo primer relámpago, dando luz a la América, se encendió en Quito para adquirir un maduro fulgor de mediodía en la próspera ciudad de Guayaquil y en Noviembre de 1820 declararon que ese **vecindario se hallaba libre y dueño de las armas que oprimían a los ciudadanos y no les dejaron que manifestasen sus ideas patrióticas.** El recuerdo de esta confirmadora faena y para eternal loor de sus próceres, se levanta en el parque Centenario de Ambato una columna erigida por el celo de su I. Municipio, en cuyo coro

namiento, el águila imperiosa de nuestros Andes, detiene un vuelo gentil para abrazar a la ciudad heroica.

* * *

En la toma de Latacunga, una de las acciones que contribuyeron a consolidar la independencia, figura **don Francisco Flor**, "jefe de los patriotas ambateños", que hizo lujo de una táctica asombrosa para rendir esa plaza, acompañado de algunos de sus conterráneos como **Luis Anda** y **Miguel Espinosa** que demostraron singulares aptitudes en esa empresa.

* * *

En la Batalla de Pichincha, triunfo definitivo de la independencia surgido del genio de Sucre y hecho milagroso con el heroísmo de Calderón y el fragor de Córdova, el contingente ambateño luce en la prestancia combativa del coronel **Francisco Flor**, padrino de bautismo de don Juan Montalvo y que había prestado relevantes servicios a la causa libre, actuando como Ayudante del Coronel Calderón y combatiendo en Yaguachi, Huachi y Pichincha. En esta última acción de armas figuró también la ambateña **Gertrudis Esparza**, mujer de ímpetu exaltado que se hizo conocer como Manuel Esparza del 2º de Libertadores, presentándose con vestidos masculinos. Estuvo a la vanguardia de la arrolladora avalancha que derrotó a las fuerzas españolas en

Pichincha y combatió en Ayacucho en una de cuyas alas de insuperable táctica y de caballeresca apariencia de escaramuza, no dió trégua a su arma vehemente. Sobre su pecho de ardor desusado se posó la gloriosa diestra de Sucre que le concedía una brillante condecoración por su actitud firme y animada.

* * *

A las últimas campañas de la Independencia asistió don **José María Urbina**, que llegó a ser General de la República, Jefe del Ejército, Plenipotenciario en el Perú y Presidente de la República, máximo civil desde el que trabajó por el bien de la patria con hermosas reformas administrativas, como la manumisión de los esclavos y la abolición del tributo de los indios. Los gloriosos anales de Ambato, guardarán siempre, en sitio de honor, el nombre de este magistrado que consagró sus energías a la idea que inmortalizaron con el poder de sus espadas, el Libertador que expiró olvidado en la Quinta de San Pedro Alejandrino y el Mariscal que abandonó su épico sueño en la sombría emboscada de Berruecos...

* * *

No es posible olvidar a dos mujeres ambateñas, doña **Josefa Calisto**, y doña **Teresa Flor** que sostuvo correspondencia con la incomparable Rosa Zárate, damas que engastaron en el oro de la patria

independiente el diamante de su adhesión entusiasta, haciendo labor por el triunfo de la revolución que se forjó en las fraguas verbales del autóctono doctor Espejo.

* * *

José Hervas, soldado de la Independencia, Joaquín Lalama, cruzado de la misma jornada y fundador del Colegio Bolívar, Nicolás Váscenez, esforzado Coronel del Tiempo Heroico, José Suárez, Ayudante de Milicias, Próspero Váscenez, sacerdote afanado en la acción libertadora, vuestros nombres hacen longevo el sonido del clarín que revive al fondo de una evocación lejana y fabulosa, la figura de don Mariano Castillo escapando de su túmulo como un fantasma resucitado y la estampa noblemente quijotesca de don Joaquín Hervas, disparando su arma contra un centenar de jinetes españoles...

La Primera Imprenta del Ecuador

Así como Quito fué la cuna del periodismo ecuatoriano, pues ella miró florecer las **Primicias** del indio cultivado y admirable don Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo, médico y filósofo, polemista y literato, en Ambato, como una feliz anunciación del advenimiento de muchos escritores ilustres, se estableció la primera imprenta. La trajeron los padres jesuítas adquiriéndola en España y se llamó **Imprenta de la Compañía de Jesús**, hasta que más tarde, por razones de seguridad, apareció como de propiedad de Angela Coronado. La imprenta comenzó a funcionar en el año de 1750 y en recuerdo de este acontecimiento fausto se erigió una hermosa columna en 1920, por iniciativa de Celiano Monge, entonces Director de Estudios del Tungurahua y a expensas del profesorado de la Provincia.

La inscripción grabada en ese revelador monumento, recomendará a la veneración de la posteridad este hecho de importancia trascendental. "Aquí funcionó la primera imprenta que hubo en el



Ecuador. —1730” se lee en la parte más alta de la columna, asentada en el mismo sitio en donde funcionó la prensa primitiva de cuya entraña férrea salieron los primeros pliegos fecundos por el pensamiento ecuatoriano.

La imprenta de los Jesuítas fué luego traída a Quito, en donde la situaron en el Seminario de San Luis, hasta el año de 1777 en que fué arrebatada a sus dueños, cuando se dictó su expulsión.

A la gloriosa morada del Cosmopolita le asistió la suerte de conservar en su generoso seno la primera imprenta de la Colonia.

La Eternidad de Montalvo

Quijote orgulloso y rehacio desde su imperecedero sitial, en la eternidad que le concede dilecto hospedaje, todavía mira alzarse mal disimulados con las aspas de conquistas liberales, a los molinos de viento de las tiranías. Empero, en su corazón maduro con el sol de la vida perdurable, ya no late el apóstrofe definitivo de la Catilinaria. Asiste, en espíritu depurado y proteiforme, al glorioso banquete de los filósofos y el laurel del genio se estremece para solidificarse, tallado en formidable reflejo de astros, sobre su cabeza rizada, soberbia, nunca abatida. Todavía hay injusticia, miedo, inmoralidad y miseria en el solar en donde se irguió un día, magnífico y único, ese castellano de estirpe animica, que fué a sacar de la gloriosa nada de sus tumbas a don Alonso Quijano en huesos y en alma y a don Sancho Panza, en carne y hueso, para hacerlos emprender una nueva correría de aventura por tierras de América, en el milagro de su frase que evocó al cabo de milenios, esa palabra sonora y riente, acre de los zumos de la vida y mojada en el ácido del

buen gusto español, con la que el divino Miguel, Manco de Lepanto, animó a su fabuloso Quijote e hizo accionar con perfección humana a su delicada gitanilla Preciosa o a su ambiguo y fragilísimo Licenciado Vidrieras. Cosmopolita de comprensión viva y desbordante, su presencia de ilimitada majestad, preside las veladas espirituales de su girón de los Andes y siempre que la cobardía o el escándalo quieren erigirse en sistema, a su clara ventana de Espectador parece acudir la sombra del que ayer fustigara con su palabra encendida al crimen entronizado y a la falsedad que triunfa con múltiples disfraces.

Desde la Rue Cardinet, asentada en París que es el corazón latino del Universo, hasta la esmeralda patriarcal de Ficoa, su espíritu en un camino de eternidad, hace verdadera la jornada del romero a quien su misma patria, en destierro injustificado, le abrió la patria máxima, acogedora y paternal, que había de confirmarle grande en la vida y en el talento y en donde sus incomparables. **“Tratados”** debían bautizarse en Besancon para triunfar en el concierto del mundo. En diarios retornos, Dn. Juan ha escapado de la urna cinérea que duerme en la hermosa Lutecia, para recordar, en su hogar de la Plaza Mayor de Ambato, sus días de juventud cuando se fortificaba en la lectura constante y hacía recia su voluntad en las aguas reparadoras de la meditación. De la provincia nativa donde la vida es apacible, se levantó un día este luchador extraordinario. lleno de orgullo grande, no de vanidad hin-

chada; con un fanatismo de moralidad, con un alto sueño de Dios, con una angustia santa de libertad. Junto a la vacilante abulia de estos tiempos, a la cortedad de los ideales de hoy, acomodaticios y menguados, la grandeza de Montalvo es de otro tiempo. Se creyera de leyenda. Y como para compensar su certero venablo de panfleto, su golpe de diestra, certero e infamante en la mejilla del cretino o del cobarde, el poeta nos legó páginas sedantes, henchidas de severa ternura —recordad esa maravilla sobre el Padre Lachaise— o nos habló, en un tono grandilocuente, recordando sucesos y personas de otros tiempos, en una asociación de ideas que se alumbraba con un genial destello de recordación, que no deja sentir el esfuerzo ahogado del erudito, porque asimiló sin trabajo y sin anotaciones de pedagogo memorista, de **La Nobleza o El Genio** o en **El Buscapié** quizo explicarnos, como el más grande maestro de todos los tiempos, el contenido esotérico del Quijote, su primor de filosofía, su venero de inagotable lirismo.

Don Juan llena el solar nativo con su presencia gigantesca y es para nosotros como un antiguo abuelo que hiciera fuerte y noble nuestra casa. El pensamiento del mundo ya le acoge con unánime tributo, con homenaje admirativo, con devoción. Pero aún no se le conoce plenamente. Hay quienes no admiran en él más que al escritor combativo y vibrante de *Las Catilinarias*, al obstinado por traer la liberación política y le hallan supremo como fustigador de tiranos. Lo que más vale en él, en todo

caso lo eterno, es el estilo depurado de sus páginas, a fuerza de pensamiento en que se vertía su don profético, ese don de los artistas geniales de concanar a los hombres y las cosas, para entrar en su profundidad misteriosa, en su raíz íntima y oculta, y animar un cuadro o extraer sabidurías de sus tristezas y sus contentos, de su todo o de su nada. Combatido, perseguido, incomprendido, asiste ahora al definitivo triunfo de su obra reposada y sabia a pesar de la inquietud de su vida.

Don Juan abre la puerta del Olimpo. El que anduvo por los senderos de la Galatea ha de sentirse honrado teniendo a su diestra a este castellano de espíritu, grande en el valor y la belleza que habría sido cantado por Plutarco en sus **Vidas** y a quien Carlyle de conocerlo plenamente, le habría invitado a subir al inmortal panteón de sus **Héroes**.

Ora pro nobis, Cosmopolita.

El Poeta de la Virgen del Sol

Todavía vaga por el retiro de Atocha el espíritu católico de don Juan León Mera. El huésped inmortal halla que en su gabinete de estudio la diestra del tiempo ha pasado sin dejar huella. Los mismos armarios de pino centenario guardadores de los volúmenes en los que él buscó la verdad y la belleza, el mismo escritorio que supo de la intimidad de sus cuartillas y en primer término, iluminándolo todo, como en un reflejo extrahumano, espiritualizada e inmóvil, la madrecita que guió sus pasos de infancia e iniciándole en el silabeo, le dió algo de esa voz segura de poema que habrá de perdurar en su "Cu-mandá" y en las estrofas de "La Virgen del Sol".

Allí está el rincón preciado de Atocha conservando la reliquia de Mera: sus cuadros de adolescente en los que su pincel copió la naturaleza con fresca impresión o evocó las costumbres indianas, los cuadernos de sus poesías escritas en la soledad elocuente de la vega... Secreta consecuencia de la

casa familiar que aún permanece como escuchando su voz; tácito cariño de las cosas inanimadas que acatan todavía el gesto ordenador de su diestra, recogimiento de la fronda que abrigaba su heredad y que, en retoños nuevos, aún conserva la raíz antañona, con la misma savia de los días pasados; sonoridad del río que le llama con igual acento y que le siente pasar, dueño del laurel, en olor de poesía...

Su graciosa "Cumandá" transita aún por el encantamiento de la selva. Ella es la virgen adorable a quien infundiera vida eternal su poeta que la animó en el fondo único del paisaje, dándole ese amor romántico que puso fulgores en la frente de Atala. En su prosa rítmica, contorneada, en la que se refleja el paisaje, palpita como tangible, la Cumandá esquiva que puebla de rumores gratos el Oriente y canta con la sabia inconsciencia de los ruiseñores. De nuestro pasado fabuloso, del ciclo de oro y fuerza de esos incas tristes que tallaban el oscuro poema de la piedra y tenían el alma clara y taciturna como una lágrima de diamante, oiremos todavía un clamor desigual en armonía, imperfecto en su majestad, vibrando en los versos musicales con voz de carrizo agreste, argentino de amor o con estruendo de tundulí de guerra, de la primorosa leyenda **La Virgen del Sol** en la que el bronce de la raza autóctona se ilumina con los primeros fulgores de la conquista. Poema en el que la música de la naturaleza suena en cantos varios, como en las mejores páginas de **Tabaré** y la figura grácil de Cori es la última flor de la huerta indiana, en la que

triunfará luego el retoño de Castilla, la simiente del extranjero de voz melodiosa y ojos azules... Vi- niendo de nuestro pasado sombrío y de leyenda por la contracción inteligente del "solitario de Ato- cha", vibrarán todavía las **Melodías Indígenas** con su melancolía ancestral y su dominio de la tierra pri- mitiva, blanda al sueño del amor y abierta, como un vientre fecundo, a la faena de la labranza. Como en una resurrección de recuerdo, se animará en el montículo del **Paucillo** el Templo del Sol que se quedó esbozado en los versos de Mera y el Ambato de otrora se extenderá en visión plácida y bucólica, tal como surgió ante las pupilas juveniles del poeta, con su vegetación exhuberante y con su color vivo, que resalta hasta en "el rubí de la frutilla" que flo- rece en "La arena ardorosa". Cantor del suelo natal, su verso intentó guardar la tradición de los Shyris y en el oro de buena ley de sus estrofas, engastó peculiares perlas indianas. La austeridad de su vida le dejó sonreír alguna vez y de su manera analiza- dora y burlona de ver las cosas, surgieron aquellos fieles cuadros de costumbres a los que bautizó con el nombre de **Tijeretazos** y **Plumadas**. Su erudita curiosidad exploró también el camino de la crítica. Estudió los orígenes de la poesía ecuatoriana y en su **Ojeada** apuntó conceptos acertados, salvó de la oscuridad del desconocimiento antiguas flores de Antología y consagró opiniones justicieras a algu- nos de sus compañeros y coetáneos, como al elegía- co Julio Zaldumbide, el amable taciturno, tocado de suave misticismo, que hizo brillar extraños beril- los de soledad, puros diamantes de nostalgia, esme-

raldas oscuras de incierta eperanza y encendió el candil de la filosofía junto al espectro del amor humano, perecedero y coronado de rosas.

El poeta a quien no tentó la verdad resbaladiza de la política, compuso nuestro **Himno Nacional**, que sobrevive aún, a pesar de la acusación un tanto justa que se hace de su desmedido apóstrofe a la España conquistadora.

Para justificar plenamente su cariño al terruño, Mera reunió en paciente labor los **Cantares del Pueblo Ecuatoriano**, ingeniosos, fugaces, de erotismo criollo, dolorido y monótono, con acordes cansinos de bordón, o burlescos y satíricos; con reminiscencias propias y alusiones veladas; desahogos del alma popular, canciones que se confían a la guitarra y se pierden en el eco siempre igual de la serenata.

Su actividad literaria fue más lejos: Compiló una **Antología Ecuatoriana** y trazó esbozos notables de novela nacional, en los que las costumbres de nuestros abuelos se quedarán retenidas en un cuadro animado y elocuente como **Entre dos Tías y un Tío**, **Porque soy Cristiano** y otras.

Su clara memoria ha sido dignamente honrada por sus hijos, todos dueños de genio artístico y de inquietudes poéticas: Trajano, Eduardo, Juan León y la pintora Eugenia, hermosa dama que aviva el paisaje con su pincel inteligente.

Bella continuación del alma y del pensamiento de este cristiano autodidacta, que tuvo en sus pupilas un reflejo tan puro y veraz de Jesús, que ya lo habrá encontrado en su ascensión al paraíso...

El Pintor Mago

Sí, el pintor mago. Y no sólo en sus cuadros en los que se expande, como un soplo genial, la tristeza serraniega, casi desolada de las cumbres andinas, como en **Soledad Eterna y Requiem**, sino también en sus perfectos capítulos de novela que forman el volumen **A la Costa**, descripción del trópico ardiente, enmarcado de palmeras y cacaotales, novela de tipos lugareños, de realismo fuerte de acerba verdad y en sus chispeantes y breves **Disparates y Caricaturas** de sonrisa intencionada y audaz. Sin escuela, sin la visión educadora de los museos e impulsado solamente por ese **genio oculto** de los artistas, Martínez pintó el paisaje solemne de los Andes. Sorprendió el huracán de las alturas que parece haberlo fijado con su pincel sobre la sepia de la cordillera. Sentía singular atracción por los árboles desnudos, de ramas orantes, por el nevado imponente, por el cielo distendido, casi sin confín, por esa inquietud de relámpago y de bruma que sintió tantas veces en sus ascenciones al Tungurahua.

Este andariego curioso y múltiple, con una rapidez inaudita de visión, dió forma tangible a todos sus sueños y se ensayó en todas las actividades, extrajo de la vida amargos jugos y mieles reconfortadoras, conoció la vereda de todos los caminos... Su existencia vertiginosa, que le daba a cada hora la posibilidad de una nueva conquista, el acicate de otra empresa, no le dejó penetrar en su interior atormentado y luminoso, ágil y vario, para verter después en las páginas del poema subjetivo, esa tristeza sabia que aletea en su **Requiem** y esa alegría de fuerza vivida que palpité en el dinamismo de su obra, sorprendente por la variedad de matices y pensamientos, por la riqueza de horizontes apresados tan prontamente en su retina clara, por ese universo de sentimientos ordenados tan discretamente en su corazón... Dice él mismo en su Autobiografía: "Lo he sido todo. Desde peón y jardinero hasta gerente de grandes explotaciones agrícolas e industriales; desde Teniente Político de parroquia hasta Ministro de Estado; cazador, ascencionista, pintor, escritor..." Su gran libro fué la Naturaleza que la reprodujo sin retoque ni artificio, fresca, nítida, en sus cuadros admirables. Un día observó las costumbres lugareñas y las anotó en sus **Caricaturas** con gracia y donaire; otro día, penetrando en los secretos de la faena agrícola, escribió cuatro tomos sobre **Agricultura Ecuatoriana** y un compendio claro, pudiéramos decir familiar, su **Catecismo** y su fortaleza de espíritu y de talento, reprodujo otro día el paisaje de la Costa para hacernos sentir en páginas hermosas, o soñó junto a Baños, e **micro-**

cosmos prodigioso, que ya abrirá sus puertas a la conquista de mañana, tal como presintió, en sus andanzas por el Edén del Tungurahua, ese incansable romero “de cuerpo de acero y ánimo bien templado”.

Tuvo, como pocos, un acendrado amor a la patria que se revela intacto en el cariño particular que concedió al terruño de sus mayores, al solar florecido de Ambato. Su ejemplo debe ser una lección viva para esta juventud de ahora, vacilante y enfermiza. Su pasión patriótica no fue el chispazo ocasional, el alarde instantáneo que encubre interés y cascabelea en la hora de la feria. Fue una devoción constante, sin caídas, firme, convencida. En sus horas de solitario y acaso de vencido, sabía que no le abandonaba la patria; por eso amó su tradición heroica de ayer y confió en su porvenir de mañana; su anhelo de cotidiano descubrimiento, se detuvo más de una vez para explorar el Oriente fabuloso y prometedor o ascendió a las cumbres o hizo un alto en un Ministerio. . . . Su corazón lírico latió un día con dificultad. Al hombre de roble emotivo le fatigó la marcha continuada, fructuosa que no era paseo de **diletante**, sino jornada sabia de sembrador. El desengaño le contagió de ese frío helante que había sentido en los páramos, pero el sol ecuatorial brilló siempre en sus pupilas que habían de llevarse la visión serraniega y que aún arden en el silencio de su **Requiem** y encienden las brizmas de La Liria por donde ambuló otro tiempo con la fuerza augural de su ensueño magnífico. . . .

Un Recuerdo Literario: El Oasis

En el año de gracia de 1892 había en Ambato una adolescencia romántica que en espontánea fraternidad se había congregado para formar un cenáculo literario que llevó el nombre de "Liceo Montalvo". "El Oasis" fué la revista pequeña y balbuceante que echó a volar prosas y versos de Cristóbal Vela, Miguel Angel Albornoz, Sergio y Augusto Arias, Víctor M. y Gabriel Garcés, Carlos B. Sevilla, Temístocles Terán, Julio C. Herdoíza y otros en los que el fulgor del pensamiento mozo se mostraba en la hora de las revelaciones, indeterminado pero lleno de fe y la esperanza del amor que se adivina sonaba a delicada y eternal canción. Enfervorizados, con el afán de las primeras conquistas, organizaban veladas, leían a Hugo y Lamartine y en los márgenes del texto de Castellano escribían poemas bequerianos a la quinceabrileña señora de sus pensamientos.

Todos triunfaron después en la vida o en las letras y les unió el culto a sus primeros años, que

ya debe haberse pulido en sus almas maduras, como en un ópalo indestructible de recuerdo. El nombre de Liceo era ya un tácito reconocimiento del valor de Montalvo, príncipe de las letras castellanas e hijo del solar en el que estos adolescentes empezaban a mirar florecer, en el hogarcillo de su *Oasis*, cordiales violetas de poema. Era su Mentor en aquel tiempo, Celiano Monge escritor dilecto que trabajó a la diestra de Montalvo. Fue el maestro ambateño quien impulsó, seguramente, esas vocaciones que se vertieron después, en el sabio estío de los veinticinco años, en páginas que hacen honor a nuestras letras o en una disciplina de vida honrada, en una constante y fructuosa labor que engrandeció al solar ambateño en el que la hidalguía y el corazón no son dones raros, con ser el distintivo de pocos.

Unidos por la doble comunión de pensamiento y del cariño, los jóvenes del Liceo, presentaron un acto brillante en conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo en el que acertaron a coronar con frescos laureles de admirativo homenaje el recuerdo de Cristóbal Colón. Sus espíritus curiosos sabían buscar el valor de las vidas que tuvieron un pensamiento genial y desde las bancas de colegio, sus diestras maculadas con la tinta inexperta del primer aprendizaje querían fecundar las cuartillas, como en una reverente continuación de la obra que dejaran, como eterno legado, un Juan León Mera o un Pedro Fermín Cevallos. ¡Con cuánta emoción hojea, el cariñoso buceador de lo pasado, los dos únicos números de EL

OASIS, en los que se duerme la pátina amarillenta de tantos lustros y en las que se oye, sinembargo, la voz ingenua y clara de esos iniciados de ayer!

En sus paseos líricos por las pintorescas vegas del río Ambato, en su predilecto retiro de Atocha, hacían una verdadera e infantil fiesta de la Lira, recitando sus poemas que luego pasaban por el tamiz crítico de todos los compañeros, como en una revisión honrada de camaradería cariñosa. Luego, en el ágape amistoso, el Edén de sus huertas les ofrecía frutas sazonadas y las estrellas de sus caras ilusiones de entonces, brillaban en las ondas volubles con el inasible encanto que es la maravilla de toda juventud.

De toda esa adolescencia ilusionada, uno de ellos rindió temprano tributo a la inexorable señora de la guadaña: Augusto Arias Moscoso. Su recuerdo perduró, debe perdurar entre sus compañeros, con un prestigio puro, con una dulzura fresca y lejana. No había terciado aún en la lucha de los hombres, cuando la arcilla de los cementerios absorbió su corazón precioso, sedienta de su luz de cristal celeste. Tenía ya un martirizado presentimiento que se reveló en unas estrofas, en las que su certeza de **no ser de aquí**, le hacían suspirar por otro mundo lejano. Quedaron de su breve luna de oro, unos versos de sentimiento ágil y delicado que han recogido manos fieles. Allí en ese cuaderno de infancia, canta con imagen sobria a un retiro campestre, **rubio de espigas**, en el que sus pasos **serán**

tan cortos, como es grande la pena de no verla. Sus compañeros, en homenaje sentido, llevaron al antiguo panteón de Ambato, su ataúd que pesaba como un corazón y alumbraron su reposo con una lamparilla que debe arder aún, así como fue inagotable el aceite de su lealtad.

Las Letras en Ambato

I.— LOS VIEJOS ESCRITORES

Pedro Fermín Cevallos tiene la triple aureola del historiador severo, del filósofo estudioso y del crítico acertado. Su figura se delinea con caracteres rotundos y múltiples, pues también engrandeció al Foro con una valiosa contribución: **Las Instituciones de Derecho Práctico Ecuatoriano**, que le valieron una Cátedra en la Universidad y prestaron incontables servicios a los estudiantes de Jurisprudencia.

En su juventud trazó sabrosos artículos de costumbres, que guardaban ya, en germen, cuidadoso y nítido, el decir castellano. Juan León Mera nos cuenta como al futuro historiador le plació asistir a la hora de la francachela en la que hierve la sangre moza que estalla en la danza alegre y en el amorío decidior, para reconcentrarse en el mediodía,

buscando en el silencio elocuente de los libros la verdad que ilumina más tarde las páginas de su **Resumen de Historia Patria**. En el impetuoso lector de novelas y político algo inexperto, despertaba el que debía hacer la crónica más veraz y completa de los acontecimientos históricos del Ecuador, el que iba a depurar en un crisol brillante el oro del idioma y en multiplicidad de estudios maduros estaba predestinado para producir biografías de singular parecido y hacer fructuosa su Cátedra de Derecho.

En su imaginación herida por el rayo fantástico de las novelas se agitaba entonces la vida primeriza. La austeridad le encontró a su tiempo cuando es fuerza recoger la red distendida con la que pescamos estrellas en el alborotado riachuelo de la primavera. El comienzo bullicioso de Cevallos, en el que Mera hace hincapié con cierta detenida atención que se contrae deliberadamente a mostrarnos el contraste entre el escritor costumbrista y despreocupado de antes y el hombre estudioso y quizá henchido de sabiduría de la hora meridiana, es revelador de su espíritu inquieto, armado para mayores conquistas. No es buen síntoma el recogimiento huraño en la primera época, cuando hay que dispersarse en sueños porque no se tiene la calma de apresar pensamientos, urdir filosofías o hurgar el misterio. La juventud que medita vanamente cuando se le puede dispensar y aún conceder el despreocupado bailoteo, se malogra de seguro, sorbe amargura, se le caen las alas. Cevallos fué oportuno siempre. Resarció el lirismo intencionado de sus ar-

títulos criollos con los severos capítulos de su **Resumen** y apagó su fama de hereje haciendo llevar el viático a su lecho de fuerte agonizante, con música y campanillas, para que se viera públicamente que se había reconciliado con Jesús...

Después de la inteligente y laboriosa faena inicial del Padre Velasco, Cevallos emprendió en la obra titánica de escribir la Historia Patria, lográndola de manera asombrosa, sin mayores fuentes de información y con una certeza de conceptos y una claridad de exposiciones que le han convertido en guía y maestro de todos los que han intentado seguir por el camino de la investigación histórica nacional. En su elogio basta decir que fué el precursor de González Suárez, ya que este Prelado ilustre empezó por escribir comentarios y notas ligeras al Resumen de Cevallos.

En su "Catálogo de Errores" anota defectos del idioma, hace hincapié en modismos inconvenientes, quiere modificar el uso de las palabras inadecuadas que afectan al lenguaje familiar y aún el escrito y como buen caballero de la Academia que fija, limpia y dá esplendor al verbo castellano, intenta depurar el léxico y hacer que la palabra sea nítida, hija legítima de la madre latina. Todos sus comentaradores están acordes en conceder a sus trabajos filológicos y a su empeño de alejar del lenguaje las voces exóticas y bárbaras, una importancia definitiva. Julio Castro le llama por esto el Néstor de la Literatura Ecuatoriana y nos refiere una pecu-

lidad de su carácter magnánimo y apacible: transigía fácilmente con las ideas ajenas y era tolerante con ellas, manifestando todo lo contrario cuando un vicio del idioma hería su extraordinario celo de hablista.

El crítico justo, aquilatador de valores espirituales, se revela en las páginas que forman la "Galería de Ecuatorianos Ilustres", semblanzas bien trazadas de los escritores de su época y en las líneas escritas en alabanza del joven Juan León Mera, en el año 1863, cuando la melodía de **La Virgen del Sol** arrancaba aplausos hasta de la severidad dogmática de los hermanos Amunátegui. Elogio perfecto del autor de "Cumandá" realiza don Pedro Fermín Cevallos en las sesenta páginas de su **Biografía**: En el paisaje de Atocha nos representa a Mera con su timidez de infante y su alma llena de ensueños grávidos y de melancolías agraces. Nos guía detrás del solitario, haciéndonos escuchar sus mejores poemas y cuando por la lectura hemos intimado con el cantor de **Melodías Indígenas** nos va enseñando las perlas incásicas de su **Virgen del Sol**, que adoran como un abalorio de romanticismo silvestre, el cuello bronceado de Cori y nos hace escuchar tal o cual instante de la música que suena en la leyenda indiana.

Maestro de adolescencia del autor de "Cumandá" fue su ilustre tío Nicolás Martínez. Con una compenetración de sacerdocio se dedicó al periodismo. Era un escritor fácil y preciso que combatiendo vicios nacionales dió a su frase el contorno clásico.

Le preocuparon hondamente los problemas sociales. Mas de una vez se detuvo a meditar con lacerada amargura sobre la condición esclava de los indios. Señaló a sus explotadores y a sus opresores. Hizo con pinceladas rápidas y nerviosas, el retrato fiel del **pongo** y la **servicia** y la caricatura del audaz diezmero que vendía el cielo a los conciertos. . . Fue su lugar de recogimiento y labor, el encantado retiro de la Liria, histórica morada de los Martínez así como la Quinta del Eucalipto fue el sitio predilecto de ese energético maestro de la rebeldía, **Juan Benigno Vela**, viril polemista cuyos dardos verbales de la más pura cepa castiza, lanzados desde las columnas de **El Combate**, **El Argos** y **El Pelayo** se clavaron en la conciencia algo sombría de tantos hombres de nuestra vida política. Su voz que tronaba desde una curul del Senado, clamando por las libertades se hacía lírica y tierna cuando en sus paseos por los senderos de la Quinta del Eucalipto, rumiaba sus íntimas y conmovedoras **Palabras del Corazón**. Cuerpo de férrea contextura y alma de limpieza cabal, su temprana ceguera le encendió en desconocidas luces interiores. Incansable asimilador de lecturas, no abandonó el estudio en ningún momento de su larga vida. Con sistemático interés, la compañera y Secretaria del ciego ilustre, su dilecta hija, le daba lectura de los volúmenes que él mismo sabía conservar ordenados admirablemente en su biblioteca escogida y repleta, varia y unánime, en donde vivían como en un templo venerado, desde el lírico Virgilio y el místico Fray Luis de León, hasta el moderno orfebre de los Nocturnos: José Asun-

ción Silva; desde Justiniano hasta el comentador del Código Civil Chileno, desde Jenofonte y César Cantú, hasta su conterráneo Pedro Fermín Cevallos... Su espíritu dúctil, crecido a la sombra del ramaje clásico, no desdeñaba la flor moderna, de olor atrevido y de corola audaz. Fue un comprensivo y un íntimo cultor del sentimiento. No fue un descreído como le ha señalado cierto comentario injusto. Antes bien, tuvo como nadie el culto de la verdad y hasta soñó en la luz eternal que había de compensar la sombra de su peregrinación terrena. Fue un obstinado fanático de la libertad y en su obsesión de romper las tiranías un continuador de la obra de Montalvo.

Hermano del Cosmopolita fue el periodista y literato **Francisco Montalvo**, temperamento de numerosa cultura, que cultivó las letras con empeño singular y escribió un tratado de **Historia General de la Literatura** en el que se admira tanto el erudito acervo de las notas y referencias como el estilo comunicativo que nos hace simpatizar con la lectura de sus páginas.

Con la probable contingencia de olvidar algunos nombres, haremos mención, entre los viejos escritores, de **Rafael Borja Villagómez** y del teólogo **Nicolás Arsenio Suárez**, al que pertenece un soneto bruñado, verdadera miniatura esmaltada del paradisiaco valle de Baños.

II.— LA GENERACION DEL NOVECIENTOS

Celiano Monge, una de las figuras más simpáticas de la patria literaria, hace sus primeras andanzas a la diestra de Montalvo y labora con la generación del novecientos a cuya vanguardia marcha brillantemente. Su conocimiento de las modernas literaturas, su franco espíritu que simpatiza con las adolescencias que buscan en las letras un refugio cordial, le acerca más tarde a las juventudes iniciadas que reciben su ejemplo y escuchan su plática.

Su contracción perseverante, su afán de conservar el idioma en su verdadera pureza, sus provechosas excursiones por los senderos de la Historia, son dones que no han perdido en el escritor ambateño la fuerza de la juventud, sino que, al contrario, se han afirmado con la marcha del tiempo, concretándose en obras maduras, en trabajos de acrisolado pensamiento. Desde sus **Versos juveniles**, se acentúa en su labor el esmerado culto del buen gusto que luce en los ensayos correctos de sus **Bagatelas Literarias** y culmina en sus **Lauros**, páginas nutridas de valiosas investigaciones históricas, documentos y referencias, que delatan al estudioso metódico; **lauros** que han de adornar la frente de la Patria, recordándonos su gesta heroica, tradiciones curiosas y leyendas de sitios peculiares que estarían olvidadas, de no haberlas exhumado Monge, sacándolas del hermetismo de los archivos para darlas la vestidura de la anécdota y la sal del ingenio.

Su actividad mantenida sin languidez, con una serena alegría y una sinceridad a toda prueba, se continúa en ese surco amable que abierto por sus manos laboriosas, ha fructificado en eclosiones tan varias.

Augusto Martínez ha contribuido eficazmente al progreso de la geología nacional, aparte de sus valiosos trabajos sobre Agricultura Ecuatoriana. La Cátedra y el Laboratorio guardan su huella provechosa, la Quinta Normal de Agricultura le debe su progreso y para el cultivo del campo regional, serán ahora y siempre, de indiscutible interés sus **Lecturas Agrícolas**. Como él su hermano **Anacarsis Nicolás Martínez** han emprendido en trabajos de difusión científica. El primero perteneció, además, a la **Escuela Literaria del Tungurahua** en donde su aptitud para el artículo de costumbre se puso de manifiesto en las hermosas páginas de su trabajo "Las Desiluciones de un Gamonal" y **Nicolás Martínez** ha escrito un interesante volumen en el que relata sus continuas ascensiones a los Andes.

Trajano Mera hizo fuerte el canto ecuatorial desde los primeros días de su inolvidable revelación, cuando en la **Revista Ecuatoriana**, junto a **Pallares Peñafiel**, reunió las más destacadas manifestaciones del ingenio patrio. Su temperamento poético produjo delicados **Sonetos y Sonetillos** y ensayó el drama, con magníficas piezas teatrales como "Los Virtuosos" y "La Visita del Poeta". Fruto de su consagración al servicio diplomático fue su intere-

sante libro "Cónsules y Consulados" y su filial recuerdo se concretó en un sonetario elegíaco que hace una íntima loanza de su padre, el cantor de Cori.

Eduardo Mera fue la flor de la gracia y la sonrisa. Dió especial carácter el cuento nacional, con un agradable sabor de serranía. Tipos y caracteres propios, costumbres lugareñas, se quedaron apesados en las escenas de sus **Serranías**, empapadas de humor campechano que deja escuchar algunas veces, un suspiro romántico. Ingenioso, vivaz, de fibra divertida y de locuacidad amena, escribió pátéticos capítulos de novela como "Al Pie de los Andes" y su don poético se dispersó en versos de melancólica reminiscencia, como en su soneto **Bíblica** en el que reclama el agua de la Samaritana para su sed de peregrino.

En los últimos años de su vida recluido en la heredad de Atocha ha escrito las **Memorias de un Loco**, capítulos de auto análisis, mirada retrospectiva al camino que se abandona, confesiones al amigo innominado que nos acompaña en el otoño, y con el que hace bien hablar en un largo discurso que no halla respuesta ni contradicción y que, sin embargo, nos aprueba silenciosamente, y haciéndose eco de nuestra confianza, suele descargarnos de ese peso interior que hace lenta nuestra marcha y nos sujeta al pasado con el lazo elástico del recuerdo. En esas **Memorias**, sonreirá su espíritu que buscó alegría con dinamismo jovial y quizo mirar el rostro complacido de las cosas y, de seguro, el poeta descon-

tentadizo y propenso a la amarga recordación, habrá mojado algunas de esas páginas con una lágrima furtiva, escapada de sus fuentes para romper la sonrisa habitual de sus labios y confiar a la línea temblorosa un secreto de ayer, un sueño roto o una esperanza quebrada...

Fué la flor de la gracia y la sonrisa. Se recordará mucho tiempo su charla salpicada de intención y para adentrarse en la vida peculiar de la provincia, se releerá siempre una de sus páginas, romántica y serraniega.

Juan León Mera I., ha escrito tiernas baladas y madrigales que tienen un alma leve de suspiro. Dotado de fina visión de arte se ha educado en una disciplina florida. Pintor y poeta, en él se unen la armonía de las tonalidades y la música de los sentimientos. Poseído de un extraño amor a la **soledad constelada** que habla con voces tan ciertas y con un temperamento delicadísimo de ermitaño moderno ha pulido la joya rara de su filosofía serena. Para apreciar mejor su espíritu afinado en delicados crisoles, recordaremos que fué un admirable traductor de Apeles Mestres el de **Novas Baladas** en el que hasta la pasión terrena tiene una transparencia pura de cristal una angustia de ala que ha de bañarse en lumbres inmaculadas.

En originales cantares se prodigó desde el principio el estro de **Víctor Manuel Garcés**. De sus becquerianas de infancia a sus musicales **Melodías**

Campestres, llenas de colorido, el poeta mantiene su voz lírica a la que le comunica cierta gravedad mesurada con la madurez de los años de juventud. En buena lid apolínea, alcanzó un laurel su clásico soneto en elogio de la forma poética que eternizara Heredia, el cincelador de los catorce versos áureos.

A la Sociedad "Fígaro" perteneció **Miguel Angel Albornoz**. En aquel cenáculo de escogidos se evocaba el romanticismo de Larra y se encendía la lámpara del amor ensoñado dicho en versos de pasión incontenida, en prosas líricas y en cuentos azules. De toda esa juventud que pobló su despertar con sinceras endechas a la bien amada, es Miguel Angel Albornoz uno de los pocos que no ha perdido la devoción de las rimas. Esa misma flor de sentimiento de sus poemas de primavera, se abre en sus cantos de más tarde. La frescura selvática de su Ambato corre en la savia modulada de sus estrofas.

Alguna vez su voz ha sonado con entonaciones de apóstrofe, como en su altivo canto **Dies Irae** que clama por la justicia y el derecho y prende el acicate de las reivindicaciones en el corazón del **pueblo soberano**.

Su inquietud de ahora mira al bajo fondo social en donde encuentra el universo oscuro de **Los Vencidos**, que nos lo muestra en un poema de lacrada desnudez y su acento filial que canta a la madre lejana, despierta los recuerdos de infancia que los hace subjetiva voz de poema, cuando la

Santa Visión la llena de claridades reconfortadoras con aquella mirada que era luz y gloria del hogar querido.

Periodista de la lucha liberal, después de colgar de la espetera reposada la pluma combativa, la requirió para fecundar las páginas de su discurso que mantuvo los Juegos Florales Femeninos de mil novecientos veintitrés, fiesta de profunda espiritualidad en la que su dicción límpida y sus evocaciones oportunas, trajeron el recuerdo de las cantoras del Ecuador y nos hicieron vivir un instante de Provenza en nuestra andina altiplanicie, junto a la gracia del laúd femenil.

En prosa de colorido fiel, **Carlos B. Sevilla** resucita las costumbres, casi desaparecidas ya, que palpitaron en el sendero de nuestros abuelos con el chaparrón del carnaval o la danza de los inocentes. Su fervor literario se conserva con igual sinceridad y constancia desde los días del Liceo Montalvo. Una sostenida labor en el periodismo ambateño, muestra las dotes del escritor consecuente que fecundó las cuartillas desde la adolescencia y tuvo la aptitud de matizar la página íntima con acendrado sentimiento.

III.— LOS JOVENES

Con una veintena de poemas para ser releídos sin cansancio, **Alfonso Moscoso**, el fino cincelador de estrofas, no podrá hacerse olvidar, no obstante su largo silencio discreto, su esquividad buscada, su hermetismo interior de sabiduría redoniana. El altísimo cantor ambateño que cumple maravillosamente con el precepto de José Asunción Silva: "El verso es vaso santo; poned en él tan sólo —un pensamiento puro—" acertó siempre con sugerencias precisas y con descripciones vívidas. En toda nuestra poesía nacional no hay cuadro más tangible que "Los Aserradores". Se ve el lago de la luz de la selva descuajada, se oye el rumor de la sierra, se contempla las figuras musculosas de los obreros, **modeladas en bronce**, se penetra en sus almas simples, se adivina su **entraña sensitiva**, refrescada, adormitada, tranquila, con la **vital onda que llena la montaña**. Por la sugestión del poema se aspira el perfume del aserrín que se derrama en lluvia dorada resbalando por los dientes de la sierra. Se asiste al retorno de los aserradores, **fatigados en rústicas faenas** que van hacia el hogar **quizá sin luz ni amores** sobre la oleada del anhelo, de la sed humana, de la aspiración insatisfecha, se siente pasar sus **barcas milagrosas** que orientan hacia la **mar sin playas** la proa de su conformidad ciega, la vela inhábil de su destino calmoso, casi sin la urgencia de amar. Es tan real el alma oscura de los aserradores en este cuadro tan caro y perfecto que se la mira flotar in-

tocada de la llama de esa **tristeza** ignota que sugiere el caer de las hojas marchitas. Es un relieve definitivo, rodeado de una atmósfera viva, rico del sol que forma un lago de luz en la parte descuajada de la selva; gracioso de contrastes en la pura armonía verbal de los pareados. La sierra, helada por las diestras hercúleas, canta la música del trabajo, rompe el tronco secular, se prodiga en movimiento... La luz de la tarde tropical vibra en iris fantásticos. El alma opaca, viaja en el rectilíneo devenir de la sierra tajante, se estremece con inexplicado misterio en el aserrín que vuela sin objeto; la pupila fija, sin la movida visión del ensueño; como adherida a la faena igual, avizora el horizonte sin la curiosidad del espíritu que viaja en las nubes y se columpia en las ramas. Se bañan de sudor las sienes bronceadas. Los músculos se hinchan. En el remanso de sus vidas iguales no ha caído la guija del misterio que alborota las aguas. Ellos ignoran de las cosas profundas. Están bañadas de **matinal frescura**, más la monótona tristeza de aserrar es su destino irredento.

Como este cuadro maravilloso son todas sus filigranas métricas. En el ópalo violeta de la madrugada está esculpido su nostálgico Viejo de la Esquina, admirable rumiador de recuerdos, hilandero de la madeja inconsútil de las memorias idas. En el instantáneo fulgor de un relámpago de tormenta, está cincelandó el pastor de su **Relieve**; la segadora blanca que va a su corazón se delinea en el claro de luna de la noche del año viejo con su cándida

cestilla y su hoz simbólica y sus germánicos **Suspirillos** vuelan con las alas adorables de la golondrina de Heine. Privilegiada diestra de artista que infunde el alma de las cosas más bellas a la arcilla del poema; voz de inflexiones conmovedoras, que tiene el recato, casi el rubor de la melodía cierta, que no se prodiga, que huye de la profanación del público, que tiembla en los labios y que retorna a derramarse en el corazón florecido; cincelador pulcro y rico de **música** interior que pudo ser aclamado como el Poeta de América y que ahora “vive exilado en su romántica torre, presidiendo con el prestigio de su espíritu diáfano el vuelo de sus contemporáneos”, según expresión feliz de César Carrera Andrade, y a quien un moderno comentador le llama “El Leconte de Lisle ecuatoriano” es Alfonso Moscoso, el genial descubridor de la perla de la emoción, que nos hizo escuchar cantos tan llenos de “ingenuidad y frescura”.

Este raro espíritu que “con la moral sosegada de un André Gide, cuida de poner amor en todos sus actos y temblor de perfección en sus más simples instantes”, guarda una leyenda, “Saudade”, defendida hasta ahora de la curiosidad de los lectores. El laúd del cantor delicado habrá depositado en ella sus mejores notas y defraudaría una bella esperanza, si nos la negara, obstinadamente...

Tempranamente se apagó la vida del “discípulo y amigo de Ferri”, **Aníbal Viteri Lafronte**, cuyas conquistas de estudioso le señalaron puesto de ho-

nor entre la juventud de América. Sus ensayos sobre Ciencia Penal, atrajeron la atención y el aplauso de los hombres de Cátedra del Continente y su obra de temprana floración meditativa, encauzada en el recogimiento del laboratorio, le dejó tiempo para encender la antorcha social en el aula universitaria y para dirigir el rumbo de la conciencia patria desde el sitio de periodista. Perteneció a la Redacción de "La Prensa" y marchando al campo de la contienda intestina de 1912 para militar al frente de "La Prensa" en campaña, murió trágicamente sobre la arena de la revolución, sosteniendo hasta el último instante la bandera de la democracia bien entendida.

En la renovación literaria nacional, tiene este joven pensador una actuación inolvidable, pues fue él quien reunió en torno de los Lunes Literarios de "La Prensa" a ese escogido cenáculo que había de definirse más tarde en las páginas de "Letras" a las que dió vida el espíritu cultivado de Isaác Barrera. Arturo Borja, Humberto Fierro y Ernesto Noboa, dijeron su canción de aurora desde el rincón literario de "La Prensa" abierto a los renovadores de la poesía por la diestra de Viteri Lafronte. En la Sociedad "Jurídico Literaria", grupo de cohesión triunfadora y fraternal, hizo labor continuada y múltiple.

El paisaje de Ambato cobró inesperado color en el espejo nítido de su cantora **María Natalia Vaca de Flor**. Su laúd melancólico y suspirante ha sonado con una voz íntima, arrancada de la entraña

femenina y melodiosa, como contagiada de la frescura de la huerta hogareña. Su ademán poético no se desborda en vehemencias eróticas. Su amor sereno aguarda con seguridad y habla con reposo tibio, con levísima nostalgia. Como la exquisita María Eugenia Vaz Ferreira, su verso tiene a veces un dolorido fondo de noche, en el que va encendiendo diamantes de soledad, estrellas de imágenes que viajan con la tensa prontitud del ensueño oportuno.

Al contemplar el paisaje ambateño, siempre se recordará el canto sostenido de cariño, vivo de luces matinales y oloroso a sus madre selvas y a sus azahares, dicho en elogio de la ciudad nativa por su poetiza discretamente melancólica, en cuyo florón de belleza se encuentran lirios de pureza ensoñativa y rosas de los cármenes de Ambato y en cuyo cofre romántico se encendió con graciosa fulguración la pupila joyante que resume el matiz de la fronda y mantiene la imagen de la esperanza, como en un lírico avatar.

Se honra al solar de Ambato con un ideólogo amplio, **Homero Viteri Lafronte**, por el contrario moderno y humano de sus ideas, por la rectitud de su juicio y por la facilidad de su conferencia, henchida de ricos jugos filosóficos. Su pluma que en otro tiempo se ocupara de urdir la crónica literaria, se orientó más tarde hacia la especulación sociológica de la que supo extraer provechosas enseñanzas.

Siempre le interesaron los problemas pedagógicos a los que dedicó su atención y en su ideario múltiple y ordenado, anotó con sagacidad y donaire, las vibraciones políticas de América y el rumbo de las ideas filosóficas que traían el concepto florecido en la última meditación. Su inquietud de periodista vertió acotaciones oportunas con una profunda certeza de mirada e hizo el bien inestimable de revelar problemas espirituales de allende los mares, como enseñanza y ejemplo, para los hombres de la patria adolescente.

También es relevante el sentido crítico de Homero Viteri Lafrontera, que enriqueció la bibliografía patria con un docto libro sobre Espejo y el que en sus anotaciones sobre libros y escritores nuevos, enciende chispazos de ingenio y difunde en su frase galana el conocimiento de las ideas educadoras.

Marcha a la vanguardia de su generación y en el silencioso recogimiento de sus libros, desentraña la verdad y la belleza, para hacerlas dinámicas, en una obra constante.

En la generación joven del Tungurahua se distinguió como periodista atildado **Víctor Oviedo**. Hizo interesante el periodismo de provincia, estéril de suyo y discutió con lucidez los problemas locales. Logró seguir, como casi todos los periodistas liberales del solar de Ambato, por la ruta que trazara Mentalvo, haciendo de la frase enérgica un correctivo para los vicios nacionales.

También han revelado notables dones para esta difícil faena, **Rafael A. Salvador** que posee además especiales facultades para el drama y **César Sylva**, poeta que se preocupa de la reivindicación social y pedagogo nutrido en claras fuentes espirituales.

La revista literaria de factura esmerada por la variedad de sus páginas llenas de lectura selecta y por su irreprochable presentación gráfica, ha culminado en **Ecuatorial**, obra del espíritu comprensivo y culto de **Juan Francisco Montalvo**, aunque su modestia no quiera reconocer plenamente esta honrosa paternidad...

El entusiasmo inteligente de Montalvo que se empeña ahora en **Cultura**, revista de propaganda activa y múltiple de la patria chica, hizo también, en otro tiempo, ágil labor periodística. "El Cóndor" le contó en su faena y en sus crónicas ligeras, en sus anotaciones a vuelo pluma, puso el amor del detalle y la fina visión de arte que han sido los caracteres de su temperamento, desde sus labores como alumno de la Escuela de Bellas Artes de Quito, cuando ya se afinaba en la pulcra ejecución del dibujo. En la reciente jornada de **Ecuatorial**, su gusto literario, magnífico y buceador, completaba admirablemente el ímpetu lírico, curioso y matizado de César Arroyo ese mago exaltador de la frase que extrae la bondad de las cosas y halla como un secreto ritmo en la profundidad de la vida que la dora con esa sonrisa inquieta que se duerme en la colmena

de su Retablo y colma de gracia alada sus crónicas de España o sus interesantes estudios sobre el Romancero...

La aptitud literaria de Montalvo, no se ha concretado en una obra perseverante, con tener la suficiente madurez para sorprendernos; pero no es posible que se oculte el chispazo que brilla en una y otra de sus páginas, deliberadamente ocasionales...

IV.— LOS NUEVOS

En el periodismo provinciano **Oscar Efrén Reyes** puso el comentario ilustrado, la amena y enjundiosa nota de arte. Todos recordarán de su quincenario **El Espectador**, especie de mirador abierto a los cuatro vientos del espíritu. Su producción periódica de esmerada corrección en el pensamiento y en la frase, le deja anotar en el vuelo de la idea cotidiana, la opinión atrevida o la sugestionante reminiscencia de lectura y es así como **León Fort** en sus notas rápidas y sagaces al ocuparse de nuestras cosas y de nuestros hombres, con precisión de observador ilustrado, trae una cita reveladora, traza una semblanza casi perfecta en su cortedad o rompe un oscuro prejuicio con su linterna de agudeza crítica.

Reyes se reveló como crítico en un estudio consagrado a Manuel J. Calle, —acaso uno de los más

completos y penetrantes que hayamos leído acerca de este maestro de la polémica— y esta relevante facultad suya se ha podido apreciar ventajosamente hasta en la reducida nota bibliográfica escrita al margen de un libro nuevo o de un poema recién florecido...

Su mirada escruta la marcha espiritual del Continente. Conoce las modernas orientaciones de la literatura de América y apresa el fulgor intermitente del pensamiento que se funde en los crisoles ibéricos o se enciende en los horizontes de Lutecia. Es un escritor que con igual aptitud de fácil discurso, nos dá la nota de lectura moderna, con el gracioso vértigo del diarismo, como nos pone frente al espectáculo de un alma, guiándonos por vastos senderos interiores, cuando su maduro y ponderado sentido crítico estudia en páginas inolvidables una obra literaria, digna de ser alumbrada con la curiosa lámpara del comentario.

Jorge Humberto Egüez, cuya modestia se ocultó tras un pseudónimo (Jorge de Leira) cultivó el cuento criollo y desde las columnas de muchas revistas nacionales nos contó veleidades femeninas y escenas de erotismo delicado. Sus crónicas universitarias encendían el fervor estudiantil y marcaban el rumbo de la Federación, en su tiempo de vanguardia.

En la moderna lírica ambateña, merece lugar distinguido **Sergio Nuñez**. Versos raros, fuertes y claros.



moniosos, de textura sentimental o de lumbre psicológica, doran su poético zodiaco. Su libro primigenio "Hostias de Fuego", fué aplaudido por Medardo Angel Silva, quien puso en su gentil **Pórtico** una de sus pródigas ramas de laurel, y "Aurora Boreal", libro de poemas en los que se define su temperamento, fué merecidamente elogiado por Salvador Rueda. Su producción ha fertilizado la novela nacional y fruto de sus introspecciones es "La Esfinge Interior", un volumen de ideas e ideaciones a la manera de Nietzsche, que pone fulgores metafísicos en los senderos humanos y sigue la ruta de los filósofos, en una conquista del pensamiento.

Estrofas de melancolía aristocrática nos hizo oír **Teimo Viteri Lafronte** en la alborada modernista. Su voz se quebró tempranamente... Pero en el remanso del coloquio se estabilizó su imagen junto a una silueta de Colegiala... Y el parque hubo de escuchar la fugaz maravilla de su ritmo.

Del laúd romántico arranca sonos armoniosos **Luis A. Martínez**. El secreto confidencial, el reproche erótico, son los motivos de sus estrofas que nos recuerdan la voz cordial de los poetas amorosos.

El periodismo provinciano no podrá olvidar a dos de sus más afanosos cultores: **Julio P. Mera** y **Modesto Oviedo V.** Ambos, en sus jornadas dialécticas, quieren revivir la frase montalvina. Mera ensaya vuelos críticos, humedece con tibio vaho de

corazón la página sentimental y la anotación del diario íntimo nos descubre el espectáculo de su alma, apresadora del instante singular e inolvidable. Y es **Claudio Lantier** quien hace del soneto un cofre que ha de guardar su amorosa delectación.

Oviedo discurre con serenidad y cordura. Desentraña la humana lógica de la amistad en una página contornada. En sus jornadas de "El Cóndor" y en sus correrías de "Vida Social", su péñola de tajadura leal es franca y valerosa.

Marcada aptitud para el cuento de exotismo amoroso demostró **Víctor Hugo Lafrente**, poseedor además de una finura perceptiva de crítico, auscultador de latidos poemáticos y comentador de páginas modernas.

Fertenece a su adolescencia repleta de lecturas románticas, su novela corta, "Florita", en la que el maleficio de unos ojos verdes, como en el tormento del Sr. de Phocas, bifurca un sendero plácido y pone en el alma balbuceante el temblor inicial de la pasión de amar. Hermosas **pupés** de sonrisa caprichosa, espirituales heroínas con un raro hervor de espíritu paradógico, han sido descritas en sus cuentos, graciosa y líricamente. Ahora, dejando la nebulosidad azul de la historia de amores se fortifica en el estudio y nos sorprenderá muy pronto con ubérrimos frutos de auténtico jugo criollo .

Nuestra predilección por el solar del Tungurahua, siguió, desde sus comienzos, la obra literaria que realizaba un interesante grupo de adolescentes, con el optimismo pródigo de las primeras vendimias: **Nicolás Rubio Vásquez, Antonio Montalvo y Alfredo Martínez**, se habían congregado en torno de un mensuario de letras que se llamaba "Los Centauros" y que pobló de músicas gratas el hogar lírico de Ambato, revelando la fresca vocación del verso que aleteaba en las liras noveles de Martínez y Montalvo, quienes en simpática hermandad de cantores publicaron un librito de poesías "Alba de Ensueño" y puso en evidencia el don de periodista que fructificaba en las crónicas de Rubio Vásquez.

El grupo de **Los Tres**, laboró más tarde en "El Cosmopolita", ideario de juventudes generosas que recogió la palpitación de la avanzada literaria y en cuyas columnas se leyeron poemas en prosa y páginas de crítica certera y prolífica de Rubio Vásquez, junto a los versos de elegante galantería dichos por Antonio Montalvo al oído de la **femme eternal** o a las estrofas de serenidad inspirada que vibraban en el laúd de Alfredo Martínez.

Alma Fuerte labora en "El Cosmopolita" que florece en múltiples fervores literarios y los poetas Martínez y Montalvo se empeñan en la obra de "América" que lleva las voces líricas del Ecuador al concierto de los países hispanos.

Entre los más recientes se revelan con adivinaciones poéticas, **A. Zurita Moscoso**, cuyas flores líricas revelan sentimiento delicado, **Pablo Balarezo Moncayo**, de quien acabo de leer un original **Exlibris**, fundador de "Alba Azul" que reunió hermosas floraciones del ingenio ambateño y de "Sol de Domingo", lectura romántica y pequeñita para las femeninas y la tierna y misteriosa **Madreselva** que canta en la puerta de la adolescencia, con erotismo desbordado que tiene, en germen, la verdad que ha de aclararse luego cuando su vehemencia simpática, como el viñedo pródigo, se exprima en el canto sereno, de realidad tonificante, pues en su lagar se advierte el fruto abundoso, algo desordenado por la vendimia temprana, hecha con entusiasmo de obsesora conquista. Su don melódico eclosiona en alegría de ensueños cercanos o habla con la tristeza adivinada de la primavera incruenta. Su voz jubilosa se volverá maduro entusiasmo; su ligero dolor de ahora, por explicarse a sí mismo, habrá de encontrar el nepente que haga nacer la consoladora elegía y su quimera azul vestirá más tarde a los fantasmas grises del amor humano. Crezca a la sombra de los amables jardines de Ambato esta sensitiva **Madreselva** cuyo perfume nos es cordial, por su bondadosa inquietud y su dulce confianza.

Valioso aporte, es en verdad, el que ofrece Ambato a las letras del Ecuador. Pero de ese rico florecer cuyo recuento harán algún día manos más há-

biles, aparece en este capítulo sólo la anotación ligera e incompleta, el comentario marginal de un lector cariñoso, la mirada que descubre en el vasto paisaje uno que otro rincón en el que se detiene con simpatía connatural, el simple intento de elogio que fluye sin esfuerzo...

Evocaciones de la Ciudad

LA BIBLIOTECA MONTALVINA

...Por las calles rectangulares y plácidas del querido solar, transitaría, ávido de visiones: la brisa tibia de la mañana acariciaría mi rostro e iría devanando la madeja de cualquier pueril ensueño. En las moradas castellanas descubriría mi vaga impaciencia de paseante, el adorable enigma de las ventanas y mi loca fantasía pudiera traer entonces, en evocación imaginativa, las manos femeninas que regaron un macizo de claveles o la ingenua cabecita de colegiala, que tras el cristal translúcido, contempló la muerte fugaz de una tarde dorada.

Transitando por las calles amplias y soleadas, advertiría mi cariñosa curiosidad, en los patios de las casas ambateñas, una huerta peculiar. Allí, los cármenes abrirían la seda nevada y pálida o encendida y color de sangre de sus rosas únicas; allí los claveles airosos, las violetas azules y blancas estarían en floración polícroma.

... Iría por el sendero que tantas veces holló la planta de Don Juan, hacia el pintoresco Ficoa. En aquella región, junto al florecer pródigo de la naturaleza, se produjeron muchas de las páginas admirables del autor de los "Siete Tratados". Con reverente homenaje me descubriría ante los sitios que fueron gratos al contemplativo y al filósofo y en el rincón más propicio, vería, agrandada por mi anhelo, una casa que hará de seguro el reconocimiento de los ambateños: La Biblioteca de Don Juan. Rodeada de cipreses o guarnecida de álamos ha de alzarse la mansión de la que será Señor el espíritu eterno de Montalvo. Ahí debe reunir el admirativo homenaje de sus conterráneos, todo lo que produjo el genio nacido en la feliz Arcadia. Hasta la última hojita a la que diera vida palpitante la pluma de ese privilegiado, ha de conservarse, amarilla por el tiempo y como cubierta por la pátina de oro de tantos lustros en los que se afirmó el portento de su fama. El unánime tributo del mundo rendido ante él, las apologías surgidas en su loor, han de guardarse también en la Biblioteca Montalvina. Algunas de sus prendas íntimas han de supervivir, como una preciada reliquia, en áureos cofres, santos como hostiarios; y los retratos en los que se perpetuó su figura, decorarán las paredes que yo habré de verlas como en el cenit de una gloria resplandeciente.

Un Pintor Ambateño

El retrato ejecutado a pincel tiene algo de tan vivo y perdurable que sugestiona gratamente y fija el carácter de la persona con indeleble color. La fisonomía venerable de González Suárez, el rostro enjuto de Belisario Quevedo, la inteligente faz iluminada de Tobar y Borgoño, viven en los lienzos de Villacrés. No es solamente el parecido fiel, acentuado con la indumentaria habitual lo que se admira en esas telas. Es, además el gesto propio, la mirada sorprendida en su minuto más luminoso. Desde sus carbones de juventud —fisonomías de Alfaro, Montalvo, Luis Cordero— la predilección de este artista ambateño ha sido por el retrato que culmina en su celebrada alegoría "El Canto a Junín" en donde logra enlazar con un hábil pliegue de la bandera patria, la espada cuyo aureo puño señala el corazón del Libertador, fijado en la expresión de su heroico **delirio** y la lira que descansa en el pecho de Olmedo que mira de frente visionando el campo de Junín, en una actitud de inmortalidad.

Estudioso y poseído de la conciencia de la obra que realiza, se documenta e indaga, para que sus cuadros tengan veracidad histórica y la destreza del trazo, el matiz de la pincelada, correspondan a la realidad de la escena que anima o del rostro que reproduce y así admiramos su composición "La Muerte de Quiroga" como nos detenemos a contemplar el perfil del doctor Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo, reanimado por el artista que nos muestra el autor de "La Ciencia Blancardina" en el típico rincón de su estudio, reconstruido por su afán, con la mesa centenaria y la antiquísima butaca de cuero, en la que descansa el escritor quiteño, cubierto con la misma vestidura con la que nos lo representan las crónicas dignas de mayor crédito.

Este hermoso cuadro forma un **pendant** que exornará uno de los salones del Municipio de Quito, con el retrato de Manuela Cañizares que acaba de surgir de los pinceles de nuestro artista, como revivida en una habilísima ejecución, con el inconfundible carácter de firmeza de su rostro, la prestancia arrogante de su porte y el aire heroico que le circunda, envolviendo en una atmósfera clara su figura ataviada con la señorial crinolina que le dá un aspecto de noble antigüedad, junto a la mancha lacre del terciopelo de la butaca antoñana, en la que solía reposar la magna conspiradora.

Como a Luis Martínez le inquietó también la solemnidad del paisaje andino y reprodujo con rica fantasía al rey de nuestros nevados, al majestuoso

Chimborazo, que se hiergue en una altiva ascensión a ras de cielo.

El anhelo de resucitar el pasado, que es la tendencia de los verdaderos artistas, se ha concretado en la obra de César A. Villacrés, en una serie de telas de motivos indígenas, en las que el bronce de los rostros autóctonos se baña con la melancolía ancestral del imperio del sol perdido.

...El colorismo vibrante del solar del Tungurahua ha prestado tonalidades armoniosas a la sugestiva paleta de este artista que le pertenece y cuyo nombre siempre estará vinculado a los motivos hermosos y eternos de la Arcadia.

...Algún día habrá de rendir este inteligente romero del arte, un tributo emocional e íntimo a la tierra que acarició sus primeros entusiasmos y con un silencio de aprobación, asistió a la inquietud de sus fantasías iniciales... Irá, como en un retorno, a extraer de su paisaje plácido y matizado, los sitios que le fueron gratos al corazón; retendrá en brochazos hábiles la profusión de sus cármenes e irá a decir su oración más conmovida junto a la arcilla tumbal de Luis Martínez, cuyo pincel se baña con oleos de eternidad en otra morada más perdurable y que tuvo como él la pasión de los crepúsculos serraniegos, fundidos en el alma alargada y crepitante de savia de un álamo solitario o de un sauce meditativo.

La Propiedad en Ambato

En la Provincia del Tungurahua, quizá como en ninguna otra del Ecuador, está la propiedad repartida en proporciones equitativas y el latifundio parcelado. El labriego que laboró la hacienda de su patrón, tuvo derecho a un sitio, adquirido merced a su trabajo constante. La centuplicadora faena de la labranza le hizo dueño más tarde de una finca en la que pudo ver florecer árboles frutales y una riqueza relativa colmó su felicidad con abundancia. El terrateniente de extensiones infinitas e incultivadas casi ha desaparecido en el Tungurahua; el suelo baldío no le pertenece, pues lo cedió a sus gañanes que lo fructificaron con provecho.

El primitivo derecho del indio al *huasipungo* se transformó en una aptitud mayor para adquirir una cuadra, una cabeza de ganado, un sembrío... El trabajo afanoso, después de llenar sus necesidades hogareñas, simples y exigüas, les dió el estímulo de la adquisición más amplia, le hizo amar la vivienda más pulcra hacia la que era fácil llegar fecundando el surco de la tierra que devolvía su esfuerzo en la dorada opulencia del grano...

No hay, no puede haber en este solar de Ambato la indigencia absoluta de las grandes urbes, ni la mendicidad desamparada del que no halló la más ingrata o humilde faena para ganarse la vida. El oficio que dignifica en el golpe del yunque o en la armonía de la sierra, halla siempre retribución y estima y el agricultor se ve ayudado por la fertilidad natural de sus campos. El proletario es en la región del Tungurahua el que quiere serlo, por dejadez, abulia o impotencia voluntaria para romper las entrañas de la tierra. Se ha visto muchas veces que el gañán de ayer es el propietario de ahora. Se ha visto que basta llegar con una alforja de cereales a la plaza de la Feria, para seguir, en gradación lenta pero segura adquiriendo la vivienda modesta, la faja de terreno cultivable, el huerto oloroso... Y este no es el cántaro de la lechera.

No existe en Ambato el terrateniente ambicioso y explotador y hasta la herencia pingüe no puede ser tal, sino se la conserva con el trabajo inteligente. Es un solar fraterno en donde el más infeliz de los naturales puede poseer una casucha circundada de un huerto de legumbres o unos metros de *tierra adentro* que le darán en la cosecha unas cuantas fanegas de trigo...

El Porvenir de la Arcadia

Nuestros ojos empiezan a ver. La agricultura moderna fertiliza más si cabe a esos campos fecundos. Cada nuevo estío sazona los frutos de esos huertos que podrían llenar la compotera de Pomona y la amanecida de cada primavera da un perfume nuevo a las flores de sus jardines que prestarían una alfombra incomparable a las plantas de Flora. La obra milenaria de su río fecundador, como ya lo expresó Anacarsis Martínez, borda de una vegetación magnífica sus vegas multicolores y penetrando en el corazón de sus bosques, canta en la savia de sus perales, de sus manzanos, de sus durazneros, trepa en la enredadera de sus viñedos y palpita en la entraña blanquísima de sus fresas. Su brazo potente, de corriente ordenada en su fuerza, impulsa a los motores, da vida a las maquinarias de las fábricas y es la arteria vital que fructifica ese suelo, en cuyo elogio hizo ya una admirable gesta de la forma, ese apologista de Montalvo: José Enrique Rodó.

Esta fecundidad natural y privilegiada de Ambato contribuirá a que mañana florezcan en la provincia risueña todas las ramas de la industria y la agricultura ensaye con provecho evidente todas sus modernas conquistas en el terreno feraz en donde se alzan ahora el oro del trigo y la austeridad erguida del eucalipto. En las vegas de su río han de multiplicarse las instalaciones de las fábricas; en sus haciendas ubérrimas se escuchará la música igual y optimista de los tractores y el himno del trabajo cantará en una auténtica trompeta de oro. Mas, para olvidar su prestigio bucólico, alguna vez, entre sus páramos lejanos, se oirá el romance de cacería y a la tarde, revivirá, como en el antaño de la Arcadía, el sonido levemente melancólico de la caña del pastor.

Dentro de un marco florecido, ha de alzarse la ciudad moderna que surge ahora mismo en la grandiosidad de sus edificios y sonríe en la gracia estética de sus *chalets*. Pero quizá la diestra novedosa que transforma las ciudades, respete sitios amados que deben guardar algo siquiera de su primitiva forma para mantener en el alma de los ambateños el culto del recuerdo. Que no se destruya la casa nativa de Don Juan Montalvo. En la plaza mayor, no desentonará la casona amplia y baja, con sus ventanas cuadrangulares y su patio antiguo y espacioso, de piedra secular. Reconstrúyase la morada del Cosmopolita, conservándola en lo posible, y désele el destino que la gratitud ambateña señala en condigno homenaje al Maestro de América. Con-

tida en Biblioteca de autores ecuatorianos y siendo la guardadora de sus despojos mortales, ella que fué su cuna inmortal, estará doblemente animada y junto a las bellezas arquitectónicas que exornen esa plaza, será la reliquia imperecedera, con su color antiguo, su aspecto colonial y su vida eterna. La fiebre moderna rompe los tesoros de ayer; del pasado queda sólo una pobre leyenda desteñida. La vehemente conquista humana edifica palacetes hermosos en donde una piedra miliaria debe conservarse, en su aparente humildad, porque sobre ella se prolongan en una vida perdurable, incalculables tesoros de espíritu. Pensad que en los salones modernos de todos los tiempos y de todos los países, en medio del mobiliario lujoso, frágil, reluciente de nuevo, no desagradó el sillón patriarcal del abuelo venerable. Al contrario, animó las veladas del recuerdo y encendió el calor del culto. Que no se quiera destruir totalmente la casa de Montalvo.

La urbe extenderá sus calles amplias y el campo mostrará su entraña cultivada, riquísima en productos que han de nutrir al agro y a la industria, mientras triunfe, en magnífica realidad, el ensueño de Luis Martínez. El Oriente mostrará al fin su lejano tesoro. Esa puerta mágica de Baños es un presentimiento de la maravilla de la selva. El ferrocarril al Curaray marcha hacia el país del oro y la canela con un resoplido conquistador. Quizá a nuestra efímera vida no le asista la fortuna de ver esa difícil esperanza que hasta ayer era casi un sueño iluso, cuando no un alarde de vacua literatura pa-

triótica; pero ya ve nuestra cariñosa adivinación la colonia de la región oriental. El afanar del hombre moderno que explota el suelo virgen y halla la riqueza escondida; las faenas fructuosas de la jornada inicial que descubre el El Dorado y halla en sus ríos ignorados la perla fantástica y en sus árboles innominados la madera fuerte, la hoja medicinal o el fruto jugoso y sedante. Eudófilo Alvarez soñó con el Oriente en páginas más líricas... ¿Hacia dónde podrá llevar a los hombres de mañana el afán de descubrimiento, la tentación de la aventura? Será baldía esa región magnífica, mientras no se emprenda seriamente en su conquista. Cuando el ferrocarril se interne en la selva, cuando sea una realidad la colonia, será menester, una continuada labor para que esa riqueza inexplorada y verdadera se derrame en abundantes dones. En la expedición lejanísima, de hace más de tres siglos, que emprendió el genial aventurero Gonzalo Pizarro por la cuenca amazónica, se descubrieron ya tesoros naturales que podrían engrandecer la industria. A esa atrevida y casi temeraria empresa, han seguido nuevas y nuevas exploraciones, vacilantes, incompletas, abandonadas en el principio. Una perseverante y bien dirigida empresa, podrá realizar el milagro. El ferrocarril dará el fácil acceso y la fácil exportación y cuando las colonias marchen a descubrir el abundante venero de esos campos, los caseríos empezarán a poner en la selva virgen su anunciación de vida y movimiento. Al solar de Ambato le está reservada la ventura de recibir el inmediato beneficio del Oriente. Baños, el "microcosmos pro-

digioso" es el lazo de hermosura única que ha de unirlo con esa región feraz. . . Hombres ambateños irán algún día hacia esa tierra nueva. En la Quinta Normal de Agricultura, dirigida hasta hace poco por ese espíritu de sabia contracción y humana benevolencia —Augusto Martínez— se ha formado una juventud brillante, cuyo esfuerzo podrá explotarse en una forma eficaz si va dirigido a la consecución de esta esperanza máxima, pues se ha menester de agrónomos para el cultivo y ordenación de esas tierras. Quizá de Ambato vaya la expedición definitiva hacia el Oriente en el que brilla la luz evangélica de los casi heroicos misioneros, pero que está desconocido aún, velado en su misterio, preso en su fabulosa red de lianas, sin el pleno dominio del hombre de hoy, que vencerá la bravura de sus corrientes y salvará el intrincado laberinto de sus senderos.

La Mirada

SOLEIDAD

En las postrimerías del año diez y nueve cantaba en Ambato una musa delicada y penetrante. Con el velo del pseudónimo ocultaba su nombre, procedente de una familia ambateña. Se llamaba, entonces, *Soledad*, para suscribir sus cartas al amado, temblorosas de ingenuidad y misterio, dichas en la frase menuda de la confidencia que tiene el recato expansivo, la declaración velada con la gracia de una seda transparente, la cuita que se afina en una sonrisa, el beso que vuela, alígero, intangible, como con las alas de un suspiro. Ya se esbozaba el poema en sus cartas de ese tiempo. El lirismo contenido de esas epístolas fragantes a recuerdo, se acentuaba con los motivos románticos que sugiere el sobrecillo portador de un corazón que latió con acelerada ternura... El olvido; la muerte; la angustia sobrecogida y sedienta de todo lo bello que nos acaricia con manos tan fugitivas; la felicidad que nos

retiene con hospedaje tan mudable... La oculta marca de nuestro espíritu que sólo a nosotros nos es dado mirar en los sitios en que la ausencia de otra alma, tal vez dispuesta a amar, pero sin actitud oportuna, sin comprensión vívida, agrandó nuestra soledad de sabernos junto al espectro primoroso, junto a la faz sonreída y amable, en la que estaba, inerte, nuestro sueño... Cartas de amorosa, abiertas como un dadivoso cofrecillo a la brisa sedante del Tungurahua, trazó el lápiz de *Soledad*, para que fueran recogidas, con el enigma de la bella desconocida que las dictaba, en las columnas de los periódicos ambateños...

Se creía en una colegiala romántica, guardada por la severidad de sus padres en un Internado hermético por el pecado venial de acariciar con frases inolvidables a un elegido de su alma. Para las cartas, había la complicidad novelesca de un jardinero, el gesto acogedor de un periodista y el indudable santuario de un pecho henchido de su recuerdo...

Pero, ¿y ese desencanto de acidez casi verdadera, aquella existencia de un pasado que se evocaba con voces tan patéticas, esa inquietud de un vuelo ya sabio y quizá algo desencantado, ¿serían la adivinación de una niña, la fantástica perspectiva que se abre en la gloria tímida de los quince años?...

Una tarde, en los senderos de Miraflores, los ojos de *Soledad* encendieron un rosal primoroso que festejaba mi paso errabundo con su color vivo

y su aroma saudoso. Una extraña luz abrasadora y desmesurada, brillaba en esa mirada única en cuyo espejo oscuro debía fijarse el paisaje con extraordinario color. Esos diamantes negros que herían entonces el verdor matizado de la enramada, eran los que iluminaban esas cartas de mujer, escritas en un florido rincón de Ambato.

* * *

...Más tarde, cuando velaba el corazón pequeño de sus poemas con el *tcharchaf* de las Desencantadas, descubrí la misma mirada que infundía un brillo igual a esas líneas de laconismo apasionado, de emoción fuerte, dolorida a veces, imperiosa, comunicativa. Ella no dejaba, entonces, ver sus ojos. Recogidos en la sombra de sus párpados se abatían a la meditación de la calavera de Hamlet... "Soñar acaso..." Apenas su lenta sonrisa de insinuaciones comprensivas alentaba en la cuartilla de su poema, hecho con pinceladas violentas de paisaje para formar el fondo de un instante ya lejano o de ahora, amortiguado y sereno el uno con el ocaso de la recordación o animado el otro con las luces de la vida presente, cegadoras y magníficas.

* * *

En la hora violeta que descubrieron sus ojos, quiso pensar en mí la sensitiva cantora. Mi bagaje lírico tal vez le impresionó gratamente por la serena actitud de su prematura sombra, densa de per-

fumes viejos y guardadora de evocativos despojos. El culto a la amada imposible que es la timidez asombrada de la primavera, surgía en mis cantos de entonces, sobre un extraño fondo de otoño, como si ya la melancolía de la tarde soplara sobre un jardín cansado y estéril. El gimoteo discreto, de mi adolescencia que le pareció un "rocío del alma sobre el primer amor perdido e imposible", le hizo simpatizar con mi taciturna contemplación del alba que creía haber vivido ya en un fuerte mediodía... y me habló con reposada severidad, con dilecta esperanza. Su plática sugeridora me trajo entonces la mirada que en otra tarde encendió el rosal de Miraflores que se mostraba plácido y florecido a mi lento abandono de paseante solitario.

* * *

En una de estas tardes últimas he vuelto a encontrar su mirada que se baña en la diáfana celsitud de un retiro monjil. Tiene el mismo brillo de ayer, para alumbrar el poema renovado en la hora que se vive o que se sueña con el anhelo de hacerla como una oblación de arte, henchirla de recuerdo o gustarla como la fruta de pulpa jugosa que se concede a nuestra sed variable. Sus manos de artista ya no escriben cartas de amor, como en otro tiempo, con la apretada armonía de la línea en que cantaba *Soledad*. En ligeras meditaciones despreocupadas, piensa en lo fácil del olvido y teje guirnaldas con los nardos claustrales para coronar la frente pálida de un instante más verdadero... Quizá la serenidad.

Omega, la calavera diminuta, ausculta todavía el tremante latido de su corazón. Yo la miro profundamente y sus maxilares expresivos me sonríen. La muerte no contempla desde sus cuencas microscópicas... Es un fetiche amarillento "tallado por un artífice del Celeste Imperio" que aminora la visión de ser fugitivo y moral, cuando se hace más pálido e imperfecto, bajo esa mirada encendida en la que arde un alma.

El Culto a los Grandes

Uno de los caracteres más nobles de la patria es aquel sentimiento de reverencia y acato para sus valores espirituales que se trasluce en el homenaje sentido, en el culto ferviente, en la exaltación de aquellos que hicieron de su vida un campo fértil, engrandeciéndola con la faena del pensamiento o con la actitud del heroísmo. Es verdad que la única muerte absoluta es la del olvido insonoro que borra el último contorno de la vida y sepulta en sus alveolos profundos hasta el eco más débil de la voz que se pierde sin remedio. La celeridad de las existencias fecundas que aprisionaron un extraño universo de ideas o pudieron dar forma a la sensación vivificante, se prolonga por lo mismo en una claridad alongada y perpetua, como en la máxima plenitud que debiera tener el alma, una vez desasida de la envoltura terrena, defectuosa por mortal e inquieta por pasajera. La verdadera vida comienza en realidad para los inmortales, cuando ya ha cesado en ellos el latido del camino y sus ojos han dejado de reflejar la luz cotidiana que la devolvieron

en dádiva de poema, en regalo de meditación o en eternidad de arte. Suprimida la voz con que hablaron en el tránsito mudable, sujeta a las inflexiones naturales de la vida diaria, se hacen más claras y perceptibles las palabras de su espíritu. La verdad de su plática empieza a tener una importancia definitiva; la ausencia de la sombra corporal hace más nítida la estela del alma y es entonces cuando escuchamos mejor a los gloriosos muertos...

Ambato responde a la presencia espiritual de sus hombres egregios, recordándoles en el culto afanoso y no olvida el detalle material en el que por fuerza se ha de concretar el homenaje a los grandes.

En su plaza mayor que se llama ahora "Parque Montalvo" se ofrece a la veneración de todos la efigie del Cervantes del Sur. La eclosión floral de esa tierra paradisíaca, en un perfume siempre renovado, parece ascender al recuerdo poderoso del castellano que se anima extraordinariamente en la intimidad agradecida del terruño y que, de volver a sus andanzas terrenas, sintiéndose más que ayer Cosmopolita y ciudadano del mundo, haría sin embargo el más cariñoso y dilatado de sus altos en los senderos del Tungurahua y de poder regresar en cuerpo y en espíritu, por una gracia extrahumana, pediría de seguro, para la emoción de su retorno, la alfombra de Ficoa.

Al recuerdo del poeta de "Cumandá" está consagrada la antigua plaza de la Merced en donde al-

gún día se perpetuará su figura y una de las calles más hermosas de Ambato lleva su nombre entlazado ya con lauros inmarchitables. Cuando la segura expedición del porvenir marche hacia el Oriente, descrito en las páginas de "Cumandá", en el corazón del paisaje que nos hizo mirar el bardo ambateño, se debe erigir una columna a su memoria que se bañe con la claridad del cielo oriental y en cuyo coronamiento, con lianas de la selva y florecillas policromas, entreteja la Cumandá de los amores castos una preciosa guirnalda para adornar el nombre de su poeta.

En una de sus plazas debe alzarse el monumento que la admiración de Ambato conceda a la gloria verdadera de nuestro primer historiador nacional, Pedro Fermín Cevallos, con la misma devoción con que en la Quinta Agronómica surgida por el tenaz empeño de Luis A. Martínez, perpetuó en el bronce la cabeza enérgica de ese artista de clara estirpe que en una fragua de actividades incesantemente mantenidas logró fundir, como le permitió la inquietud de su jornada, los más difíciles ensueños. Tras de la reja modesta y uniforme que separa a la Quinta del enarenado sendero casi rural que le circunda, la memoria de Martínez se estabiliza en el bronce modelado por el cincel de Casadío. Ahíorean su frente las brisas de su sueño supervivo, mientras en el túmulo sencillo y poético del Cementerio Civil, se duerme su cuerpo que ambuló por tan diversos caminos, identificado ya con la entraña de la tierra natal, bajo la sombra acogedora de

un moro, en el mismo sitio que eligió su voluntad para los ciclos del reposo...

... La figura de Juan Benigno Vela se delinea con fuertes caracteres. La juventud admira en ella al temple pertinaz del polemista, obstinado en su ideal libérrimo y recuerda el símbolo al que ni su ceguera le quitó la emprendedora alacridad de su anhelo y la rectitud de su esperanza. Vela tuvo un retiro predilecto: La Quinta del Eucalipto. Erijase allí una columna en honor del periodista de *El Argos* y *El Pelayo* que se muestre al fondo de un camino de eucaliptos, erguidos como su pensamiento, fuertes como su corazón en el que no hizo mella el venablo cotidiano, impasibles ante el huracán de las serranías, como su mirada sin luz, que se regaba sin embargo con claridades interiores, en su conciencia de luchador impertérito.

... Y hay un muerto de ayer, muy querido para nosotros, cuyos despojos mortales debe guardar Ambato con esa delicada gracia de recuerdo que se concede a los poetas alejados: Eduardo Mera. Sus páginas de nerviosidad sonriente, inician nuestra literatura propia, inconfundible. Sus poemas descubren el latido acelerado y verdadero que no deja fluir una lágrima, porque la condensa en la bruma ligera y aliviadora de la melancolía. El autor de "Serraniegas", en los últimos días de su vida, escogió un lugar de reposo: la Biblioteca del Colegio Bolívar y allí, junto a los libros que amó siempre, naustraba su despedida segura, ensayaba la fuerza

de sus alas, para el vuelo definitivo, sonriendo con su gracia habitual, manchando las cuartillas con su movediza frase, tan comunicativa. Cumpla Ambato, siquiera parcamente con el deber de recordarlo y llame Eduardo Mera a la Biblioteca del Colegio Bolívar, hogar intelectual en el que contó sus días finales, con la calmada certeza de que se está bien en la casa nativa, ese delicioso ingenio cuya ausencia nos oprime ya...

Hidalgos y Señores

Dueños de un consciente señorío, guardan el recato de un procedimiento comedido, que no excluye la expansión sincera, la fuerza comunicativa, alegre, bullidora, simpatizante. Su alma no tiene reverso. Es de una sola cara en la que pueden reflejarse con fidelidad vuestros pulcros sentimientos y que os devuelve la imagen, con repentino rechazo, si llegáis con sombras ambiguas. En ellos existe, abierta y sin reparos, la hidalguía natural de la casta. Hablan francamente, miran de frente, saben olvidar el contorno fútil y extraen del marco barroco y sin importancia, el rostro imperecedero. Para la discusión o el combate, eligen el camino recto. Odian el vericuerdo, el sendero de escape, la trincherera, la emboscada. Conservan, real y soterrado, el valor que no grita con vacua provocación y que responde con presteza o aguarda con prudente cordura. No conocen el engaño que urde el triunfo ficticio y fabrica el mascarón de la sonrisa falsa o el hilarante gesto del envalentonamiento mareado, sin

fondo, con alas de violencia y entraña de aire inútil para hinchar globos de goma. Jamás amargó sus horas el vinagre de la envidia. Como el jardín de su heredad —que es el alma de las ciudades al decir de Azorín— es su paisaje interior, plácido y bien cultivado, recogido en su móvil ondulación, absorbido en su perfume, sin la mirada codiciosa que otea el cercado ajeno, porque es el marco de frutos más ricos que pueden florecer también de su misma fertilidad, con el riego abundoso.

Su lealtad se concentra en un amor verdadero al terruño que reúne sus aspiraciones, cultiva sus anhelos y sabe responder a sus preguntas con silencio locuaz. Su obra de espiritualidad clara o de esfuerzo material honrado y tesonero, enciende la lumbre de su corazón vigilante e hincha la arteria de su vitalidad progresista. Todo cantor ambateño fue un jardinero cuidadoso. Todo jardinero amó al cantor de su paisaje nativo, enfervorizándose con su melódico acento. Todo ambateño se identificó con el perfume de la tierra mojada de sus valles y tuvo la diestra ingenua, porque los que la estrecharon desde su infancia, venían de otras casas solariegas, de cuidar los retoños, de soñar con humana placidez, de vivir sin el artificio de la urbe en donde el concierto apasionado se torna disorde, para fundirse al fin en un chirrido áspero.

Faena del labrador que ignora del veneno de la vida que comienza mañana. Jornada del industrial que llena el presente de trabajo fértil y que colma

su vaso cotidiano con el agua fresca del descanso complacido y bien logrado... Hidalgos y señores que no quieren saber, que no pueden saber que la vida de hoy se trama con falsos hilos y que alienan una sinceridad sin dobleces, sonriendo sobre la obra infatigable, con la hidalguía de su casa, con el señorío de sí mismos, con la conquista de su propio yo...

La Gloria de Montalvo

EN LA RUE CARDINET...

La patria propia es avara de sus laureles. Los guarda con obstinación deliberada para concederlos a sus hijos ilustres cuando su obra resplandece en el albor de un centenario. Es madre severa que pausa la hora del premio y suele estudiar, en largo decurso, la verdad del mérito que ha de enaltecerle de seguro. Quizá teme malograr el fruto agraz vistiéndole con oros prematuros y aguarda la serenidad de su sazón para ponderar la excelencia de sus mieles. No es que tenga desconfianza de la frente noble en la que está brillando el fulgor del pensamiento. Es que en una tregua prudente quiere escuchar la voz de otras naciones, la opinión lejana que habrá de confirmar al hijo que está llamado a glorificarla. No admite que en su regazo se corone al probable triunfador en las justas del espíritu, pues él ha de llegar un día, encanecido y nostálgico, probando en senderos varios la eficacia de sus fuer-

zas para que el ágape familiar tenga la evidencia de una apoteosis o ha de volver, escalando la cordillera hostil, en recuerdo ya inasible, con la potencia del alma libertada, para que se le erija un busto en el rincón oscuro de un paseo, en donde le visitará la claridad del solar nativo, con sorpresa tardía y con veneración apaciguada... Ese es el sol de los muertos.

Y no es que la patria propia se haya empeñado en desconocer a Don Juan Montalvo, pues la advirtió de pronto, en su despertar febril e inquietador y hubo de reconocerle en su vuelo primerizo, dotado de las alas del genio. El autor de los "Siete Tratados" sintió el rechazo de la tiranía que fustigaba, el disgusto del sistema falso que destruía con su verbo; en su torno se cernió la sombra inevitable que circundaba a una luz muy viva y logró herirle, con golpes repetidos, aquel sentimiento de dolorido despecho que produce en el alma estéril de los demás la extraordinaria elevación de un ingenio superior. Dotado de una irrefrenable fuerza combativa, el golpe de su panfleto audaz y hasta el juguetón escarceo de su frase arcaica, cuando ironizaba, le crearon enemistades, recelo, miedo. Pero la patria, el colectivo asentimiento de sus admiradores, acató desde el principio, el gesto de su indudable ingenio, nacido para resucitar el primor clásico y su conciencia de buscador incansable del error y del crimen, para ejercer sobre ellos, desnudándoles con el poder de su dialéctica, una sanción ejemplarizadora, para la que estuvo como predestinado.

La patria le reconoció de pronto, pero su gloria, como todas las verdaderas, tuvo que aguardar la fundición reposada, el cincel taumatúrgico del juicio extraño que grabaría en el oro auténtico de la consagración, el relieve de su imperecedera figura, con el escorzo de su carácter de luchador incansable y la línea pura, graciosa, inolvidable, de sus facciones de escritor castellano, que nos recuerda insistentemente los rostros de Don Miguel de Cervantes o de Don Francisco de Quevedo y Villegas.

Se le creía sólo un impenitente clerófobo, porque hubiera querido a todos los sacerdotes como soñó al Cura de Santa Engracia y un demolidor de los sistemas de gobierno, porque su alma trazada con las líneas puras de una *geometría moral*, deliraba en una República de Platón, más humana desde luego, ahí donde se habían entronizado la tiranía o la dictadura. Mas, su valor real empezó a descubrirse claramente, cuando voces autorizadas y ajenas le confirmaban grande, cuando la guirnalda de la adhesión universal ceñíase a su frente, atada por las manos de Lamartine, su viejo amigo, y se estremecía de gozo sobre sus sienes, cuando Víctor Hugo le estrechaba la diestra, descubriendo en él un "noble corazón". Más tarde, José Enrique Rodó, como resumiendo el juicio de los que supieron aquilatar su extraordinario valor, le eternizó en un ensayo que tiene parecido tan sólo, en su marmóreo *Bolívar* o en la pedrería sugestionadora y múltiple en que reflejó al poeta de "Prosas Profanas". Pero éste es ya el óleo póstumo e imborrable, el pasa-

porte para la inmortalidad que rubrica gentilmente el autor de "Motivos de Proteo"...

Su Ambato, dolorida con la noticia de la muerte del Cosmopolita, se enlutó en señal de profunda angustia conmovida. La casa nativa no vería regresar en cuerpo al hijo que se expatrió voluntariamente. Mas, su presencia de espíritu, sería como la de ninguno, soberbia y resplandeciente...

Manos ambateñas, reunieron en selección acertada y minuciosa, casi todo lo que la estimación extranjera dejó oír desde las columnas de sus mejores publicaciones, acerca de la obra de Don Juan y el homenaje rendido últimamente en París a su memoria, le eleva más si cabe, por la espontánea adhesión a su apoteosis de los valores del pensamiento hispano y latino que no desoyeron la llamada de Gonzalo Zaldumbide y se aprestaron a formar en Junio de 1925, un comité con el objeto de colocar una lápida conmemorativa en la Casa N° 26 de la Rue Cardinet, en donde se apagó la vida temporal de ese glorioso ambateño. Jean Richepin, Miembro de la Academia Francesa; Don Miguel de Unamuno, antiguo Rector de la Universidad de Salamanca, autor de la "Vida de Don Quijote y Sancho" y ahora batería verbal que aventará las cenizas escandalosas de Primo de Rivera; el Marqués de Peralta, entrañable amigo de Montalvo y Decano del Cuerpo Diplomático de América en París; Ernesto Martínenche, Profesor de Castellano en la Sorbona, doctor en literaturas hispanas; Mauricio de Waleffé.

Secretario de la Asociación de la Prensa Latina, arteria que infunde la savia de la América a cien periódicos franceses; Francis de Miomandré, cariñoso y enfervorizado traductor de Montalvo, y Dupuy, Diputado de París, constituyeron el grupo de *élite* que debía levantar en sus hombros, sustentados por un gran corazón hispánico, la simbólica crátera en la que Don Juan avisora el porvenir de su amada tierra ecuatoriana, desde París en donde reposa en una eternidad bien merecida.

El acto fue de sencillez confirmadora. Se suspendió el tráfico por la Calle Cardinet, por quince minutos —no conceden más las ordenanzas— y el cuarto piso de la Casa número 26 se estremeció de inmortalidad. Habló Gonzalo Zaldumbide, agradeciendo a sus colaboradores fervientes. A él, en verdad, le tocaba un resplandor, no por pequeño menos grato, de la claridad que envolvía en ese instante a la memoria de su compatriota. Con su magnífica voluntad de comprensivo se ha empeñado en editar las obras de Montalvo. Su irreprochable sentido crítico le ha dictado hermosas páginas desde las que mira, con su analizadora retina interior, la juventud del Maestro. Suyo es el Prólogo de "El Cosmopolita" en la edición parisina y la virtud de su talento, regresa, en visitas repetidas, a la casona del Ecuador, a la altiplanicie andina. ¿La prueba? Miradle sino como integra el corazón latino con esa fibra inexhausta y preciosa que es la eternidad de nuestro castellano, de Don Juan Montalvo.

Hablaron luego Don Miguel de Unamuno, que ha *encontrado* a Montalvo en sus *Catilinarias*, pues en el Veintimilla fustigado por el ecuatoriano halla el ex-Rector de la Universidad de Salamanca un enorme parecido con su Primo de Rivera a quien intenta devorar con una venganza de letrado; el Profesor de la Sorbona, Don Ernesto Martinenche, Director de la "Revue de l'Amérique Latine"; Mauricio de Walleffé en representación de la Prensa Latina y M. de Contenot, Secretario del Concejo Municipal de París, al recibir la placa conmemorativa de la muerte del autor de los "Siete Tratados", en nombre de su gran Patria que "vigilará piadosamente su memoria como la de uno de los más insignes promotores de la cultura latina y occidental". El homenaje vibró en el centenar de diarios franceses y sus ecos han repercutido en nuestro país que "no es de los más grandes de América —al decir de Zaldumbide— pero que ha tenido a menudo el privilegio de producir hombres cuyo espíritu ha traspasado las fronteras".

Este homenaje digno del Maestro y cuya excelencia no cabe ponderar ya, ha sido recogido por el grupo quiteño de "Amigos de Montalvo", cuyos miembros quieren vivir "en el puro amor de la belleza y en plenitud de espíritu" y a los que encomendó el I. Concejo Municipal de Ambato, que siempre ha dado elocuentes muestras de fervor por honrar la memoria de tus hombres notables, la edición de un libro contentivo de la crónica de esa fiesta póstuma, los breves discursos que se pronuncia-

ron con tal ocasión y los comentarios de la prensa, honrosísimos para la memoria clara de Don Juan. Los "Amigos de Montalvo" han creído oportuno reproducir también un fragmento del magnífico ensayo de Rodó sobre el que fué ilustre huésped de Lutecia y el Prólogo que para la última edición de las "Catilnarias" acaba de escribir Don Miguel de Unamuno. Sólo que en esas páginas del brillante español, se descubre a poco trecho de su lectura, el escaso o ningún interés que le merece el Montalvo estilista tan admirado por el autor de "Ariel" que le concede como clásico e inimitable resucitador de arcaísmos, una importancia definitiva. Parece que Unamuno, en su obsesión de ahora, se olvida de que en Montalvo, el primor de la frase que le da derecho a un elevado sitio de las áureas letras castellanas, está muy por encima del acabado ímpetu con que pulverizó a un tirano. La pasión de Unamuno halla un eco simpatizante con la del Montalvo de las Catilnarias. "Aquí voy a hablar tanto de Montalvo como de mí. Es que me he encontrado", dice el prologuista. "Iba saltando líneas; iba desechando literatura erudita; iba esquivando artificio retórico; iba buscando los insultos tajantes y sangrantes", añade. . . . Pasión de su tiranuelo español que se le ha incrustado tan fuertemente al ilustre viejo que le impide contemplar la belleza propia que es el alma de la obra del ecuatoriano.

"La lengua de Castilla se mira en el estilo de Montalvo como la madre amorosa en el hijo de sus entrañas", dice José Enrique Rodó y su testimonio

que es inapelable, está corroborando en cierta forma el mismo Unamuno en las últimas líneas de su Prólogo, cuando exclama que "España tendrá que reconquistarse desde América y en ese día el nombre de Don Juan Montalvo, el nombre del desterrado que duerme, ¿sueña?, arrojado en tierra francesa, será una enseña, será una empresa y habrá que trasladarle a España, a la España que tanto quiso, y allí, en la España reconquistada, sepultar sus restos en huesa española...".

.....
.....
.....
.....

En la casa N° 26 de la Rue Cardinet, cuando el 29 de Junio de 1925, en conmemoración de la muerte de Montalvo, se colocaba una lápida acogida fervorosamente por el pueblo francés, debió surgir, de los meandros del recuerdo, una escena lejana, desteñida en el tiempo... Era el 17 de Enero de 1889. París llevaba el níveo manto del Invierno y Don Juan se vestía de etiqueta para recibir la visita de la Muerte. La visión habitual de su añorado solar de jardines, su instinto poético bañado de aroma selvático en los días de su juventud, no le dejaban prescindir de las flores que adornarían su cadáver. Las mandó a traer. Por cinco francos sólo pudieron conseguirse cuatro claveles y mientras ellos daban su aroma levísimo, abandonó la arcilla mortal, con serenidad de estoico, en tanto que el alma se elevaba, gloriosa.

El que en los días finales, ya con el veneno de la muerte en sus arterias, “sintió que se le concentraba la vida en el cerebro y que podría escribir una elegía”, en el instante de agonizar, debió acudir imaginativamente a su Ficoa materialmente inalcanzable y él, que pidió para entonces la inefable presencia de las flores, debió pensar en su inquietud de viajero sin retorno corporal, con patética imagen, en los cármenes de Ambato que se abrían en eclosión de rosas magníficas en su lontana provincia, mientras en París —la tierra acogedora de su exilio— en la hora última, se congelaba el Sena...

SITIOS

...Buscando un nuevo filtro de dulzura, mis plantas de viandante irían a rozar la grama humedecida de los huertos de Miraflores. Sería una tarde serena llena de un silencio que me permitiese escuchar la tenue voz interior que llena las pupilas de un vaho como de lágrimas y obliga a que la diestra del recuerdo abra el trémulo secreto de nuestro corazón. Vagando por los kioscos caprichosamente formados de cipreses, adivinaría, como apresados por el tiempo y la añoranza, como reflejados por la claridad de una amable luna de ayer, en la sombra cordial de esa tarde, los adorables fantasmas del coloquio. De un macizo de rosas se desprendiera entonces una mariposilla multicolor que se perdería volando por el aire de abril para recordarme de pronto la volubilidad de nuestros ensueños. En un muro deslucido por el tiempo y húmedo aún por el rocío de las madrugadas, con la pálida luz del sol de la tarde, se reflejaría la sombra rosada y violeta

de las florecillas de los durazneros y como una nota de color, en el lecho verde claro de sus matorrales, a mi sed de viajero, se ofrecerían los corazones pequeñitos de las fresas maduras.

.....

De vuelta al querido solar, por una de sus calles historiadas, me detendría ante la casa de mis padres. El impasible correr de los años puso en sus paredes una pátina amarillenta. Algo del pasado se habría quedado flotando en las estancias, en los amplios corredores y en el jardincillo del patio, en donde sobre las hundidas raíces, viejas ya, devueltas al pródigo seno de la tierra, habrán de alzarse nuevos y nuevos retoños...! Tendría miedo de turbar el sueño del pasado llegando como un niño envejecido?... ¿Podría inquietarse las sombras del recuerdo, inmovilizadas en su remanso de aguas claras, sintiendo la sombra de mi sombra?... ¿Llevaría yo algo de ellos, siendo el mío un retorno de amor?

...Lírica heredad a la que habré de retornar en cuerpo y en espíritu, así como voy hacia ella, cotidianamente, en fervor y con encendido cariño. Solar en el que hallaron motivo los poetas y los artistas de ayer y de hoy. y en el que, circundados de tanta dulzura, no podrán ser los hombres amargos. Devolviéndome a él, pediría como Musset, en las vegas de su río, un sauce inclinado, cuya sombra

cordial caiga como un llanto mudo sobre la arcilla en la que vayan al fin a fundirse para siempre, la pequeñez de mis sueños y la desmesurada locura de mis anhelos...

Quito: Julio—Agosto, 1926.

* * *

INDICE:

	Nuestro Homenaje	7
I	El alma del paisaje	18
II	La Reina de los Cármenes	19
III	Ambato en la Independencia	23
IV	La primera imprenta	33
V	La eternidad de Montalvo	35
VI	El poeta de "La Virgen del Sol"	39
VII	El printor mago	43
VIII	Un recuerdo literario: El Oasis	47
IX	Las Letras en Ambato	51
X	Evocaciones de la ciudad. —La Biblioteca Montalvina	77
XI	Un pintor ambateño	79
XII	La propiedad en Ambato	83
XIII	El porvenir de la Arcadia	85
XIV	La Mirada	91
XV	El culto a los grandes	96
XVI	Hidalgos y señores	103
XVII	La gloria de Montalvo	107
XVIII	Sítios	117
	Curriculum Vitae	125
	Acuerdo	135

Este libro se acabó de imprimir en los Talleres
Nacionales el doce de noviembre
de mil novecientos veintiseis,
bajo la dirección y
cuidado de

DON ALFREDO MARTINEZ



CURRICULUM VITAE

Augusto Arias Robalino

Nace en Quito, el 15 de Marzo de 1903. Educación Primaria en la Escuela "Pedro Pablo Borja". Educación Secundaria — Colegio Nacional "Mejía". Doctorado en Filosofía y Letras.

PROFESOR:

- Del Colegio Nacional "Mejía".
- Del Colegio "24 de Mayo".
- Del Colegio Militar "Eloy Alfaro".
- De la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central.
- Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad Central.
- Rector del Instituto de Pedagogía.
- Rector Encargado de la Universidad Central.

INSTITUCIONES:

- Miembro fundador del “Grupo América” y cuatro veces su Presidente.
- Primer Presidente de la Unión Nacional de Periodistas del Ecuador.
- Miembro fundador de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y representante por las Instituciones Culturales — La Literatura y la Crítica.
- Fundador y Miembro de los Directorios del Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica.
- Miembro correspondiente de la Academia de Historia.
- Miembro de número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

PREMIOS:

- Triunfador en varios concursos literarios desde las aulas del Colegio.
- Premio “Isidro Ayora”, triunfador en el Concurso por el aniversario del nacimiento de Montalvo.
- Medalla de Oro con que le premia el I. Municipio de Ambato, el 12 de noviembre de 1947, por su labor eminentemente cultural.
- Ganador en 1954 en La Plata — Argentina, de la Medalla de Almafuerce, (Pedro B. Palacios) en el centenario de su nacimiento.
- “Premio Tobar” en 1946, por su obra “Panorama de la Literatura Ecuatoriana.

CONDECORACIONES:

- Encomienda de Alfonso X, El Sabio, otorgada
- Encomienda de Alfonso X El Sabio, otorgada por S. E. el Jefe del Estado Español, Generalísimo Francisco Franco, el 23 de Septiembre de 1955.
- El Gobierno de España le condecora con la Orden de Isabel la Católica en el Grado de Comendador, el 3 de marzo de 1962.
- El Gobierno de Nicaragua, le condecora con La Orden Rubén Darío, en Enero de 1967.
- Recibe la Condecoración de "La Orden de Montalvo", que le otorga la Casa de Montalvo de la ciudad de Ambato en 1969.

LIBROS:

- Del Sentir — poesías 1920
- Poemas Intimos — poesía 1921
- El Corazón de Eva — poesía 1927
- Viaje — poesía 1943
- Canto a Beatriz — poesía 1945

LIBROS, PROSA:

- Las Letras en Ambato 1957 (Publicación de la I. Municipalidad de Ambato).
- En Elogio de Ambato, 12 de noviembre 1926
- La Estética del Barroco. 1932
- Páginas de Quito. 1939
- El Periodismo Ecuatoriano. 1938

- Jorge Isaacs y su María (con motivo de la celebración del nacimiento de Isaacs).
- Semblanzas — 1941 (Sobre las figuras de: Manuel María Sánchez — César E. Arroyo — Nicolás Jiménez y José de la Cuadra).
- Alberto Guillén — El Buscador de sí mismo, 1942 (Publicación de la Revista Ibero—Americana).
- Los problemas Económicos Sociales y la Expresión Literaria 1943.
- El Quijote de Montalvo 1948. (En el IV Centenario de Cervantes).
- Virgilio en Castellano — M.C.M.XXX, escrito con motivo de la celebración del Bimilenario del nacimiento del gran Poeta latino Virgilio (Conferencia leída en el Teatro Nacional Sucre).
- Tres Ensayos — Sobre Teresa de la Parra, Alberto Guillén y Sarmiento — 1941.
- Pasión y Certeza de Sor Juana Inés de la Cruz — 1952.
- José Martí — 1954.

OBRAS DIDACTICAS:

- Savia Nueva, Libro de Lectura para Sexto Grado, en colaboración con Eloy Fernández Alonso, y José Forgione, argentinos. Editorial Kapeluz — “Buenos Aires”.
- Literatura Universal.
- Literatura General o Preceptiva Literaria 1959. (3 Ediciones).

- Panorama de la Literatura Ecuatoriana en 1971 (5ª Edición).
- Antología de Poetas Ecuatorianos, en colaboración con Antonio Montalvo 1944.

BIOGRAFIAS:

- Mariana de Jesús — la Primera Biografía moderna sobre la Santa Quiteña.
- Vida de Pedro Fermín Cevallos.
- Luis A. Martínez.
- El Cristal Indígena (Biografía de Eugenio Espejo, 1ª Biografía que se escribe sobre Espejo).

ENSAYOS:

- España en los Andes 1950 — Editorial Afrodisio Aguado, de Madrid (Colección "Más allá").
- España Eterna — 1952 (Edición de la Casa de la Cultura Ecuatoriana).
- España Eterna — 2ª Edición 1955 — Editorial Afrodisio Aguado, de Madrid.

OBRAS SELECTAS:

- 1962 Reune. Biografías — Ensayos — Poeta de Eternidades — Almas y Lugares (Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana).
- El Viajero de papel — ensayo 1968.
- Motivos de Anteo (Editorial, Cajica de la Cultura Universal, de México).

REVISTAS Y PERIODISMO:

--- A la edad de 14 años funda la revista "La Idea", con Luis Aníbal Sánchez, Jorge Carrera Andrade y Gonzalo Escudero.

Escribe muchos años en el Repertorio Americano, de SAN JOSE DE COSTA RICA.

Publica en el Repertorio Americano, "Páginas sobre Goethe en el centenario del fallecimiento del poeta alemán y sirve su estudio para ser ampliado en la Revista Nacional de Cultura, de Caracas.

Se inicia desde los primeros años de su juventud en el periodismo. Colaborando en los principales Diarios del país. Especialmente, escribe por espacio de más de 40 años, en EL COMERCIO, de Quito y varios años como editorialista de "Ultimas Noticias".

Escribe en varias revistas del exterior: en la Nueva Democracia de, Nueva York — Mundo Hispánico, de Madrid — Nivel, de México — Humboldt, de Alemania — Cuadernos de París, etc.

— Escribe: en El Tiempo, de Bogotá.

— El Universal, de Caracas.

--- El Día, de Montevideo.

--- La Nación, de Buenos Aires.

CONGRESOS A LOS QUE CONCURRIO:

— Delegado del Ecuador al Congreso de periodismo en Santiago de Chile.

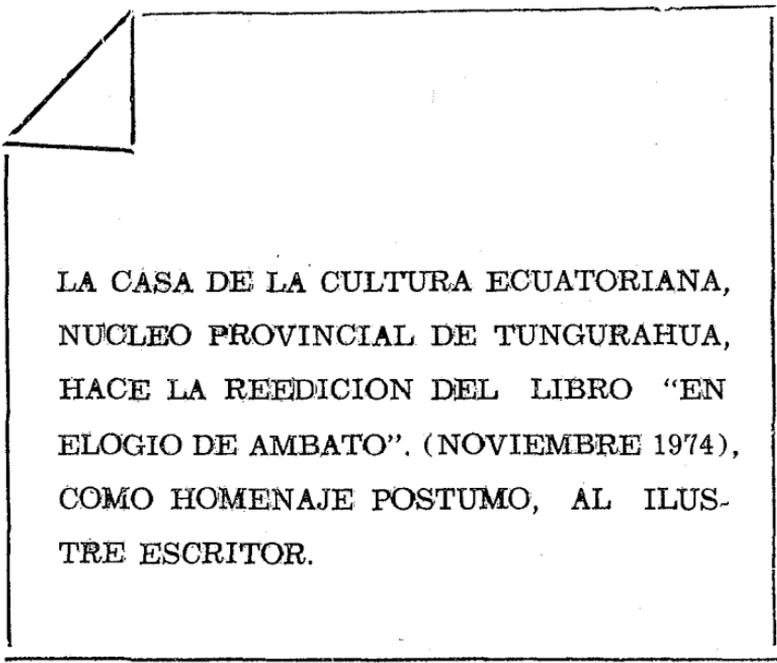
- Delegado de la Academia Ecuatoriana de la Lengua al 3º Congreso de Academias de la Lengua en Bogotá — Colombia.
- Delegado al 6º Congreso de Academias de la Lengua, en Caracas — Venezuela, y preside esta Delegación, en noviembre de 1972.

INVITACIONES A REUNIONES INTERNACIONALES:

- Invitado por España. Al Congreso de Cooperación Intelectual de escritores de España — Filipinas y las Américas, celebrado en Madrid en 1950.
- Invitado por el Gobierno de Cuba al centenario de José Martí, realizado en La Habana.
- Invitado por el Gobierno y pueblo de Nicaragua al centenario del nacimiento de Rubén Darío en 1967 (Enero).
Dicta un sinnúmero de conferencias en Colegios de la República, en Instituciones de Cultura del país y del exterior. Es invitado a dictar conferencias en la Universidad de San Marcos, de Lima.

LIBROS INEDITOS:

- Uno de "Ensayos", y otro, titulado "Coplas que le olvidaron a Manrique y otros Poemas".



LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA,
NUCLEO PROVINCIAL DE TUNGURAHUA,
HACE LA REEDICION DEL LIBRO "EN
ELOGIO DE AMBATO". (NOVIEMBRE 1974),
COMO HOMENAJE POSTUMO, AL ILUS-
TRE ESCRITOR.



**La Casa de la Cultura Ecuatoriana
Núcleo Provincial de Tungurahua**

Ante el sensible fallecimiento del señor don

Augusto Arias Robalino

ciudadano ilustre, Magisterio luminoso y hombre de letras que honró a la Patria y a Ambato, ciudad a la que tanto amó; expresa su más sentida condolencia a los familiares del fallecido.

Ambato, 28 de Agosto de 1974.

Dr. Carlos Toro Navas,
Subdirector del Núcleo de Tungurahua.

Gilberto Molina Correa,
Secretario General.